# PSICOLOGIA DEL RUMOR

. . . . . .
. . . . . *Y ya la Fama*
*por cuantas villas África numera*

*Canta con voz los hechos pregonera.*
*Fama aquella malvada se apellida*
*que es veloz como igual no ha visto el cielo;*
*En su movilidad está su vida,*
*Y le crecen las fuerzas con el vuelo:*
*En los primeros pasos va encogida;*
*Luego se alza ambiciosa: por el suelo*
*Humildemente rateando empieza;*
*Luego esconde en las nubes la cabeza.*

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

*Ágil de miembros y de pies ligera.*
*Cuántas plumas, enorme monstruo y feo,*
*Ciñendo al cuerpo va. ¿Quién tal creyera?*
*Tantos debajo oculta ojos despiertos,*
*Tantas bocas y oídos siempre abiertos.*

*Estridente en la sombra mueve el ala*
*De noche, y entre tierra y cielo vuela;*
*¡Nunca el sueño sus párpados regala!*
*De día, misterioso centinela,*
*En techo o torre altísima se instala.*
*Y asombro dando a las ciudades, vela,*
*Y con ardor igual, doquier que gira,*
*Divulga la verdad y la mentira.*

(*Eneida*, Libro IV. De la traducción de Miguel Antonio Caro.)

GORDON W. ALLPORT
*Profesor de Psicología, Universidad de Harvard*

LEO POSTMAN
*Instructor en Psicología, Universidad de Harvard*

# PSICOLOGIA DEL RUMOR

EDITORIAL PSIQUE
BUENOS AIRES

# INDICE

Pág.

*Prefacio* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 9

1. *¿Por qué circulan los rumores?* .. .. .. .. .. .. .. .. .. 15
   Ley básica del rumor .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 15
   Motivos de la circulación de rumores .. .. .. .. .. .. .. 17
   Proyección .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 19
   Generalización de la fórmula del rumor .. .. .. .. .. .. 23
   Motivos secundarios en la circulación de rumores .. .. 26
   Rumores de "desenlaces esperados" .. .. .. .. .. .. .. 27

2. *El rumor en tiempo de guerra* .. .. .. .. .. .. .. .. .. 30
   Rumores sobre Pearl Harbour .. .. .. .. .. .. .. .. .. 32
   Los rumores y la moral del pueblo .. .. .. .. .. .. .. 35
   Defensa contra los rumores .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 40
   Ofensivas de rumores .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 58
   Los rumores en las Fuerzas Armadas .. .. .. .. .. .. 59

3. *Testimonio y evocación* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 61
   El testimonio .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 61
   Percibir, recordar, informar .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 66
   Memoria individual vs. Memoria social .. .. .. .. .. .. 70

4. *Enfoque experimental* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 73
   En el gabinete .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 74
   Procedimientos "standard" para las pruebas .. .. .. .. 76

Pág.

5. *Resultados de los experimentos: "nivelación" y acentuación* .. 86
Límites de la "nivelación" .. 91
Acentuación .. 95

6. *Resultados de los experimentos: asimilación* .. 106
Asimilación relativamente inemocional .. 107
Asimilación de motivación más poderosa .. 111

7. *Resultados de los experimentos: conclusión* .. 121
Cambio de tema .. 121
Invenciones y elaboraciones .. 124
Afán de explicación .. 125
Errores verbales de interpretación .. 126
Rumores de tiempo y lugar .. 128
Informes de sujetos de corta edad .. 130

8. *El esquema básico de la deformación* .. 137
Universalidad del esquema tripartito de la deformación 140
Engaste creador .. 148
¿El rumor no es nunca verídico? .. 149
Exageración .. 152
Elaboración .. 153
Condensación .. 155
"Convencionalización" (Adaptación al medio) .. 156

9. *El rumor y la sociedad* .. 159
El rumor y la historia .. 159
Rumor y leyenda .. 162
Sentido metafórico del rumor y la leyenda .. 165
Clasificación de los rumores .. 168
Fusión de pasiones y antipatías .. 171



Pág.

Los rumores y sus públicos .. 177
Campañas de murmuraciones .. 180
La prensa y el rumor .. 182
Rumores calificados .. 185
Rumor y humor .. 187
Rumores y tumultos .. 188
Sumario .. 193

10. *El análisis del rumor* .. 195
Estudio de siete casos .. 196
Guía para el análisis del rumor .. 213
Casos para analizar .. 216

*Apéndice* .. 219
Normas para oficinas encargadas de la prevención y represión del rumor en tiempo de guerra .. 221

*Bibliografía* .. 229

## PREFACIO

Gran parte de la conversación de sociedad es intercambio de rumores. En nuestra cotidiana chismografía tomamos y damos nutridas listas de chismes —no siempre inofensivos—. Llamaremos rumor ocioso al no comprobado, al que llena el diálogo cuyo objeto no sea otro que transcurrir un rato amable con nuestros amigos. Al pasar un rumor a un amigo, tal vez no pretendamos ir más allá de cuando, en un encuentro, preferimos el inocente: "Buenos días. Linda mañana, ¿verdad?"

Mas la plática social que nada expresa en particular, salvo vagos sentimientos de amistad hacia nuestro interlocutor, que suprime a la vez la molestia de un embarazo silencioso, es tan sólo una de las formas en que suele realizarse el trueque de rumores. Hay sobrados rumores y chismes que distan de ser ociosos: son profundamente intencionales, apuntan a un fin determinado y sirven a importantes objetivos emocionales. La exacta naturaleza de estos fines no sabrían decirla ni el portador ni el receptor. Saben solamente que el chisme, o lo que sea, les resulta interesante. En forma en cierto modo misteriosa parece aquietarles una incertidumbre intelectual y una ansiedad personal.

Admitido que la circulación de rumores es siempre un problema social y psicológico de gran magnitud, lo es en especial modo en momentos críticos. Cuando quiera que haya tensión en el ambiente social, tórnase realmente virulenta la difusión de noticias falsas. En tiempos de guerra, los rumores minan el espíritu de resistencia, o lo que llamamos comúnmente moral, y amenazan la seguridad nacional al hacer cundir innecesariamente la alarma o crear esperanzas extravagantes. Amenazan la seguridad y el secreto de la información militar y, lo que es más ruinoso de todo, esparcen el virus de la hostilidad y el odio contra subgrupos sociales leales

dentro de la misma nación. En los años de la posguerra, los rumores destinados a crear tirantez y confusión son tan sólo en un grado inferiores por sus efectos perniciosos.

Fue el problema de los rumores de tiempos de guerra el que nos indujo a emprender las investigaciones de carácter experimental cuyos resultados hallará el lector en este libro. Mas a partir del momento que comenzamos a interpretar nuestros experimentos desde el punto de mira de la circulación de rumores tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz, nos sorprendió sobremanera la falta de un análisis sistemático del tema en los tratados de psicología social. Hasta hoy, nadie parece haber intentado presentar una relación unificada y coherente de los fenómenos primarios del rumor. De ahí que nos hayamos visto en el compromiso moral de reunir en forma de texto básico toda información pertinente vinculada con este importante fenómeno social.

Por ningún concepto ha de considerarse al rumor como mera rareza, como divagación curiosa pero trivial de la por otra parte sensata conducta social del individuo. Muy por el contrario, el principio del rumor resulta ser de aplicación muy amplia. Su característico itinerario de deformación en el recuerdo o reviviscencia en el olvido, en la imaginación y el llamado dispositivo de "racionalización" que nos proporciona pretextos (convertibles en razones) suficientes, sigue precisamente la misma distorsión que la mayoría de las comunicaciones entre la gente. Tomemos, por ejemplo, las leyendas. Las leyendas son historias de hazañas y sucesos que sirven de foco para el orgullo cultural y la tradición de una familia, tribu o nación. Los motivos fijadores de las leyendas, los cambios que estas sufren a través de los años y las épocas, son básicamente los mismos que hallamos en la circulación de efímeros rumores. En la deposición de testigos en la sala de audiencias de un tribunal, en el relato de una experiencia a nuestros amigos, en el chiste y la autobiografía, en los proverbios, en los aforismos, en la biografía, al escribir la historia y en la propia creación artística obra igual principio que en la común deformación del rumor. Las tendencias a *nivelar*, a *acentuar*, a *asimilar* los contenidos personales y culturales funcionan en todas las formas de comunicación humana que no estén rígidamente constreñidas por normas de verdad objetivas e impersonales.

Aun cuando en los sucesivos capítulos trataremos de señalar las aplicaciones más amplias del principio del rumor, nuestra atención



se centrará en aquellas "proposiciones para creer" que se denominan comúnmente rumores. Al concentrar la mente del lector en una serie de ejemplos tomados de este último aspecto del rumor, abrigamos la esperanza de que llegue a familiarizarse tan íntimamente con las reglas relativas, que le será fácil aplicarlas a todas las formas afines de las intercomunicaciones humanas.

Un *rumor*, en la acepción con que todos nosotros emplearemos el vocablo, *es una proposición específica para creer, que se pasa de persona a persona, por lo general oralmente, sin medios probatorios seguros para demostrarla.*

Al pasar un rumor, siempre se supone que se está transmitiendo un hecho cierto. Y esta presunción vale aun cuando el relator prologue el runrún con la advertencia: "Hay que tomarlo como rumor, pero me han dicho que..."

El medio de transmisión es, según hemos dicho, generalmente de boca en boca, aunque no es raro que un rumor aparezca impreso en un periódico o se lo oiga en la radio. Empero, los responsables de publicaciones periodísticas y estaciones radiales están aprendiendo a desconfiar de informes obtenidos de oídas y, sobre todo, a evitar la propalación de rumores. Por otra parte, los folletos infamatorios y calumniosos y el sector irresponsable de la prensa son bien conocidos como difusores de historias dañinas.

Nuestra definición quiere atraer la atención sobre el hecho de que el rumor es comúnmente de carácter específico y limitado y, por esa misma razón, es generalmente de interés temporario. Los rumores vienen y van; a veces, algunos vuelven a la circulación por segunda y tercera vez, mas estos casi siempre tratan de sucesos o de personalidades. Al protagonista se lo identifica en el rumor: la señora X, un actor de cine, los rusos, el forastero que acaba de mudarse a la casa de enfrente, un mandatario, una oficina del gobierno, son blancos típicos de rumores. Se dan pocos chismes y hablillas donde las víctimas no estén claramente definidas. Y pocos son también los que dejan de especificar claramente el carácter de la acción o la circunstancia que provee el tenor del chisme. Relaciones verbales de sucesos, murmuraciones, calumnias y predicciones promisorias o del mal agüero de sucesos inminentes son algunas de las formas concretas que suele tomar el rumor.

La característica focal de nuestra definición es la insistencia con que el rumor prolifera en ausencia de pruebas indubitables. Siguiendo esta norma, es posible discernir entre rumores y noticias,

entre "consejas de viejas" y hechos científicos, demarcando así la credulidad del conocimiento. Es claro que no siempre nos es dado juzgar a simple vista si estamos en presencia de una "prueba indubitable". Y por esa misma razón, no siempre sabemos si estamos escuchando la relación de un hecho real o de un engendro de la fantasía. Una noticia fechada, presentada a todos los lectores de un diario de reputación intachable puede tomarse, por lo común, por "prueba indubitable". Empero, cuando al contar a un amigo la noticia leída, me aparto del texto que he visto impreso, se inicia el rumor. Si mi relación oral sigue, en sustancia, estrictamente lo impreso, no habría rumor —a menos que, desde luego, la noticia original haya partido de un infundio, y sea, en sí, un rumor.

Así, pues, con el objeto de acertar si lo que estamos escuchando es rumor o relato de un hecho verídico debemos atender si el hecho enunciado por el relato es de evidencia próxima o remota, accesible o inaccesible. En el rumor, el nexo de comprobación ha desaparecido o casi. A menudo se ha reducido a algo tan insubstancial como el consabido "Me han dicho..." Sobre todo cuando el elemento de "prueba indubitable" está representado por la impersonalidad de un vago pronombre (sin un antecedente claramente determinado), ha de ponerse uno en guardia contra el rumor. Lo mismo acontece en aquellos casos en que el testimonio es elusivo, como en la fórmula familiar "Lo sé de buena fuente..."

Puesto que los elementos de prueba coexisten con el informante, nos vemos a veces obligados a juzgar si el informante sabe realmente de qué está hablando. Podemos sentirnos casi seguros de que un hombre de ciencia que nos habla de su especialidad no nos va a transmitir un simple rumor. Nuestro médico estará menos propenso que nuestros amigos legos a creer o pasar rumores de curas mágicas o de epidemias improbables. Un veterano de Okinawa estará menos dispuesto que otros a creer o transmitir versiones antojadizas de la batalla que se sostuvo en esa isla durante la Segunda Guerra Mundial, aun cuando nos consta que hasta los propios veteranos suelen dar libre curso a su imaginación al relatarnos episodios de guerra. Todos contamos con normas seguras, o relativamente seguras, cuando se trata de juzgar en asuntos de nuestra especialidad. Mas a un extraño le resultará a menudo difícil juzgar el grado de nuestra experiencia e imparcialidad de juicio.

En la mayoría de las cosas, todos somos inexpertos y precisamente en relación al grado de inexperiencia somos suceptibles al rumor. No disponemos ni del tiempo ni de la paciencia para colacionar lo que oímos con elementos de prueba indubitables, aun cuando tales elementos existan y los tengamos a mano. Y siendo así, nuestra más segura defensa contra el rumor será un escepticismo generalizado frente a toda información verbal. Por nuestra parte, confiamos acrecentar aún más en nuestros lectores este sano escepticismo.



Al reunir el material de esta obra, nos hemos valido de la notable experiencia de R. H. Knapp, quien en el período inicial de la pasada guerra encaró el problema de los rumores para la Comisión de Seguridad Pública de Massachusetts. Debemos a Ada y Robert Allport y a Dorothy L. Postman una constructiva crítica del manuscrito. Esta última, como así Sylvia B. Korchin y Lorraine Lerman, ayudaron a los autores en la preparación del manuscrito. En la obtención de las ilustraciones debemos mencionar la generosa colaboración del doctor Arnold Weinberger, del señor Ross E. Taggart, de la señora A. Raphel Salem, de la Biblioteca Houghton y del doctor Jacob Rosenberg, del Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard. Conste nuestro agradecimiento a la señora Eleanor D. Sprague por su cooperación en la preparación de los textos y al señor Charles Wardsworth por haber dibujado las láminas utilizadas en calidad de "estímulos" en los experimentos sobre el rumor.

G. W. A.

L. P.

## Capítulo I

# ¿POR QUÉ CIRCULAN LOS RUMORES?

Dos son las condiciones básicas necesarias para que un rumor prenda en la mente de la gente y, valga la expresión corriente, corra: primero, el asunto del cuento deberá revestir cierta *importancia*, tanto para el que lo transmite como para el que lo escucha; luego, los hechos reales han de estar revestidos de cierta *ambigüedad*. Esta ambigüedad, según haremos notar más adelante, puede ser inducida por la ausencia o parquedad de noticias, por su naturaleza contradictoria, por desconfianza hacia ellas, o por tensiones emocionales que tornan al individuo incapaz de aceptar los hechos revelados en las noticias oficiales o reacio hacia ellas.

Debemos recordar que, desde luego, en el rumor hay muchas veces un "grano de verdad", pero en el curso de su transmisión de boca a boca se lo ha recargado de adornos, obra de la fantasía, que rinden aquella base inicial irreconocible y, por ende, difícil de separar del resto. En las voces que circulan como rumores es casi siempre imposible decir con precisión cuáles son los hechos primarios, ni si tales hechos han existido en algún momento.

## LEY BÁSICA DEL RUMOR

Las dos condiciones esenciales de *importancia* y *ambigüedad* parecen estar relacionadas con la transmisión del rumor en una manera *grosso modo* cuantitativa. Podríamos sentar una fórmula para medir la intensidad del rumor, a saber:

$$R \sim i \times a$$

Traducida en palabras, la fórmula significa que la cantidad del rumor circulante variará con la importancia del asunto para los indi-

viduos afectados, *multiplicada* por la ambigüedad de la prueba o testimonio tocante a dicho asunto. La relación entre importancia y ambigüedad no es aditiva sino multiplicativa, puesto que con importancia o ambigüedad igual a cero, *no* hay rumor.

Por ejemplo, no podría esperarse que un ciudadano de los Estados Unidos fuera a pasar rumores relativos al precio de los camellos en Afganistán, puesto que el asunto carecería de interés para él, aunque es en verdad ambiguo. No estará tampoco dispuesto a esparcir chismes sociales de alguna aldea albanesa, porque nada le importará lo que allá hagan. La ambigüedad, por sí sola, no es bastante para lanzar a la circulación un rumor y sostenerlo.

En el mismo caso, se halla la *importancia*. Aun cuando un accidente de tránsito sería sin duda de gran importancia para mí, no seré yo susceptible a rumores vinculados con la gravedad de mis lesiones porque conozco los hechos. Si recibo un legado y tengo conocimiento de su monto, me resistiré a dar crédito a los rumores que lo exageren. En las guerras, los militares de alta graduación son menos susceptibles a los rumores que el simple recluta, no porque los acontecimientos esperados sean para ellos menos importantes, sino porque, por norma, están aquellos más al tanto de planes y estrategias. Donde no hay ambigüedad no puede medrar el rumor.

En tiempo de guerra, según echaremos de ver más adelante, las condiciones para la proliferación de rumores son óptimas. Los sucesos militares son sumamente importantes. Sin embargo, el secreto militar, junto con la natural confusión de una nación en armas y los movimientos imprevisibles del enemigo, ayudan a crear una profunda ambigüedad en aquellos asuntos que nos conciernen precisamente en mayor grado.

La ley que acabamos de sentar responde altamente a estos enunciados. Coexisten empero ciertas condiciones bajo las cuales no es tan rígidamente matemático el resultado de la fórmula. Si una población es tenida bajo férrea vigilancia, digamos bajo la Gestapo, y si se establecen graves penalidades por el delito de hacer circular rumores, indudablemente la gente, en mayor o menor grado, se abstendrá de hacerlo.

Además, como el rumor avanza únicamente en un ambiente de mentalidades semejantes, en una población sumamente heterogénea, de escasas vinculaciones entre sus grupos componentes, el rumor puede detenerse en las fronteras sociales y gozar por ello de poca circulación (véase más adelante "Rumores Públicos").



Existe aún otra razón por la cual la ley enunciada puede permanecer inoperante. Sucede a veces que tan pronto un individuo advierte qué es lo que lo hace comportarse de determinado modo, tuerce el rumbo y comienza a obrar de diferente manera. Parecería como si al avisarse de que procede como un autómata, el hombre se libera de la necesidad de serlo. Así, pues, algunos estudiantes de psicología, al descubrir que tenían tal o cual amaneramiento objetable, lo han abandonado inmediatamente. O bien, al disponerse a observar si los efectos de una impresión cualquiera corresponden a la predicción científica del psicólogo, hallan que la emoción carece de intensidad y reacciones naturales. De parecido modo, la persona "advertida" de las triquiñuelas de los rumores, que comprende cuánto más fácilmente es capaz de creer y pasar un rumor dándose las dos condiciones de importancia y ambigüedad ya citadas, será por esa misma razón menos susceptible a ellos.

No sería exacto sentar la conclusión de que el estar prevenido, o un criterio crítico de discriminación, cura de por sí, automáticamente, todos nuestros malos hábitos y nos confiere, súbita e ilimitadamente, el dominio de nuestro arbitrio. Queda, empero, esta verdad, insuficientemente tenida en cuenta por los psicólogos: que el conocimiento de cómo funciona una ley, a menudo altera, y a veces niega, la ley en cuestión.

En este hecho —el de que la gente "prevenida" es menos propensa a caer víctima de rumores— tenemos la justificación del inmenso trabajo realizado durante la guerra última por psicólogos, periodistas, emisoras radiales y editores. Contamos aquí con un argumento más en favor de la inclusión de un estudio básico del rumor en los programas de estudios sociales en escuelas y colegios. Los jóvenes conocedores de la ley que rige los rumores habrían de estar capacitados para defenderse en muchas situaciones donde el testimonio es inseguro. Habrá de ponerse sumo cuidado, empero, en que la cautela y el sano escepticismo no degeneren en un negativismo desprovisto de todo criterio crítico. El suspicaz en demasía puede llegar a una desconfianza sistemática hasta de las informaciones mejor documentadas.

## MOTIVOS DE LA CIRCULACIÓN DE RUMORES

Cuando decimos que el rumor no circula a menos que el asunto encierre el factor importancia para el individuo que lo oye y lo

transmite, estamos llamando la atención sobre el *factor motivador* en el rumor. Cualquier necesidad humana puede impartir movimiento a un rumor. El interés sexual monopoliza buena parte de la chismografía y la mayor parte del escándalo corriente; la ansiedad y el miedo son los estímulos ocultos de las historias macabras y los malos presagios que tan a menudo oímos; la esperanza y el deseo están en la base de los rumores "rosados"; el odio sostiene los cuentos acusatorios y calumniosos.

En agosto de 1945, circuló un rumor acerca de que Rusia acababa de declarar la guerra al Japón sólo porque aquella había recibido en cambio el secreto de la bomba atómica. Quienes creían y difundían el rumor eran gente que detestaba a los rusos y, tal vez en grado apenas menor, al gobierno de Washington. Un encono diabólico había motivado el rumor. Mas en lugar de decir derechamente: "yo odio a los rusos" u "odio a los demócratas", el divulgador se aferró a una especie que le serviría para *aquietar, justificar y explicar* su tensión emocional subyacente. Es importante notar aquí la compleja finalidad al servicio de la cual se pone el rumor. Al permitírsele a uno agraviar al objeto odiado logra *aliviar* un impulso primario. Mas al propio tiempo —en el mismo instante— le sirve para *justificarse* con su propia conciencia por sentir lo que siente, y *explicarse* a sí mismo y explicar a los otros por qué siente lo que siente. De modo, pues, que el rumor se coloca sobre una base racional en tanto descarga una pasión. "¿Por qué no he de odiar a Rusia? Si vino en nuestra ayuda sólo al precio de un enorme soborno..." "¿Por qué no he de sentir pánico? Si nuestra flota quedó destruida en Pearl Harbour..." "¿Por qué no habría de recelar de los judíos? Son tan sectarios..." "¿Por qué no habría de sentirme superior a mis vecinos? Si yo llevo mi vida de manera mucho más regular que ellos..."

Pero el justificar nuestros estados de ánimo y tornarlos de ese modo legítimos no es la única forma de razonamiento especioso. Aparte la presión ejercida en nosotros por impulsos individuales, buscamos continuamente extraer *significado* del ambiente que nos rodea. Hay, pues, presión intelectual aparejada a la emocional. Hallar una razón plausible para una situación confusa es en sí un motivo; y este perseguimiento de una "buena conclusión" (aun



faltando el factor personal) contribuye a demostrar la vitalidad que anima a muchos rumores.[1]

Nosotros queremos saber los porqués, los cómos y los cuándos del mundo que nos rodea. Nuestras mentes se rebelan al caos. Ya en la niñez comenzamos a preguntar por las razones de las cosas. Y este "empeño en busca de explicación" abarca mucho más que nuestra tendencia impulsiva para proveer espurias bases racionales y justificar nuestros estados de ánimo contingentes. Surgen rumores curiosos. Un extraño cuya ocupación es desconocida para el pueblecito donde va a residir, engendrará una nutrida variedad de leyendas para explicar a las mentes curiosas el motivo de haberse mudado a ese pueblo. Una excavación de características singulares en cualquier localidad inspirará toda suerte de explicaciones fantásticas de su objeto. La bomba atómica, escasamente comprendida por el público, engendra un fuerte empeño en busca de explicación.

En resumen, los rumores suelen descargar la tensión emocional inmediata al proveer una salida verbal capaz de traer alivio; ellos protegen, a menudo, y justifican la existencia de estos estados de ánimo, los cuales si, encarados de frente, podrían resultar inaceptables al mismo que los abriga, contribuyen a veces a conferir una más amplia interpretación de aspectos intrincados del mundo circundante, y juegan así una parte importante en el esfuerzo intelectual enderezado a tornar inteligible el ambiente en que vivimos.

Esta tríple dinámica rara vez, si alguna, es comprendida por el divulgador de rumores. El no sabe por qué cierto runrún parece interesarle intensamente y merece una urgente y amplia difusión. Ni siquiera advierte la amplitud con que él mismo se refleja en las voces que difunde, puesto que no comprende el mecanismo del fenómeno de "proyección".

## PROYECCIÓN

Cuando el estado de ánimo de una persona se refleja, sin que él lo sospeche siquiera, en su interpretación del mundo que lo rodea, acontece lo que llamamos *proyección*. Al hacerlo, deja de

[1] Experimentamos una "buena conclusión" cuando hallamos explicaciones satisfactorias y cuando se aclara y estabiliza nuestro punto de vista acerca de una situación.

emplear, en la explicación de la realidad que lo rodea, elementos de prueba imparciales y objetivos.

En los sueños es donde más se patentiza el fenómeno de la proyección. Sólo al volver al estado de vigilia reconocemos que los móviles de lo acaecido con nuestra imaginación durante el sueño han sido nuestros íntimos deseos, nuestros temores o nuestra sed de venganza. El niño duerme y sueña con montañas de dulces; el joven enclenque sueña con triunfos en los campos de juego; la madre aprensiva sueña que se le ha muerto el hijito.

Los ensueños o divagaciones en estado de vigilia participan asimismo del fenómeno de la proyección. Arrellanados en un sillón, dejamos que nuestra mente cree acontecimientos cristalizadores de esperanzas, deseos y temores.

En alas de la fantasía, nos vemos prósperos, triunfadores, satisfechos o a veces derrotados y arruinados, según sea nuestro temperamento o el estado de ánimo que en la ocasión gobierne la línea "asociacional" de nuestro pensamiento.

El rumor es afín a la divagación ensoñadora en segundo grado. Si la especie que oímos nos proporciona una interpretación caprichosa de la realidad que sea agradable para nuestra vida secreta, nos inclinamos a creerla y transmitirla.

En el ejemplo siguiente, Karl Menninger (1930) demuestra cómo un ignorado elemento del deseo puede simultáneamente impulsar y encauzar un chisme:

La Sra. ADAMS a la Sra. BECK: —¿Dónde está la señora de King, hoy? ¿Está enferma?

La Sra. BECK a la Sra. CLARK: —La señora Adams dice si no estará enferma la señora King.

La Sra. CLARK (quien le tiene antipatía a la señora de King) a la Sra. DAVIS (quien la aprecia): —Me dicen que la señora de King está enferma. ¿No será grave, no?

La Sra. DAVIS a la Sra. ELLIS: —Dice la señora de Clark que la señora de King está enferma de cuidado. Tengo que ir allá a ver cómo está en seguida.

La Sra. ELLIS a la Sra. FRENCH: —Parece que la señora de King está muy enferma. Acaban de llamar urgentemente a la señora de Davis.

La Sra. FRENCH a la Sra. GREGG: —Dicen que la señora de King está muy grave y desesperan de salvarla. Han llamado a los parientes.



La Sra. GREGG a la Sra. HUDSON: —¿Qué se sabe de la señora de King? ¿Ha muerto ya?

La Sra. HUDSON a la Sra. INGHAM: —¿A qué hora murió la señora de King?

La Sra. INGHAM a la Sra. JONES: —¿Usted va a ir al funeral de la señora de King? Me han dicho que murió ayer.

La Sra. JONES a la Sra. KING: —Acabo de enterarme de que había usted muerto e iban a sepultarla. ¿Quién diantre ha echado a rodar la patraña?

La Sra. KING: —¡Oh, a cuántos no les daría un alegrón si fuera cierto!

Como ejemplo un tanto más complejo de proyección, vamos a tomar un rumor que circuló durante la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los rumores registrados en esta guerra, eran rumores hostiles preñados de acusaciones calumniosas contra algún grupo étnico o social determinado de los Estados Unidos: los judíos, los negros, los católicos, la administración estatal, el ejército, la marina, la Cruz Roja, o los países aliados, sobre todo Gran Bretaña y Rusia. Aun cuando afectada por una lógica más intrincada, parece posible que, también aquí, la dinámica de la proyección haya activado la circulación de éstos rumores.

Supongamos que una señora dijera a su vecina por el fondo de la casa (y muchas lo hacían):

"Me han dicho que en el Campamento X tienen tanta carne que echan reses enteras a los carros de basura."

¿Qué móviles podrían impulsar a esta señora? Veamos.

En primer lugar, la carestía de la carne era asunto de *importancia* para ella y su hogar. Además, la prueba en este caso era *ambigua*; no estaba ella en situación de conocer los hechos reales. Y lo que cuenta aún más, veíase positivamente perjudicada por la escasez de carne y frustrada en la preparación de las comidas para su familia. Al sentirse frustrada, no se le escapa que ha de ser a causa de algo. De ahí que en su afán por hallar una explicación se empeñe por dar con el origen del mal. Desde luego, podría echarle la culpa al enemigo, pero este está no solamente lejos, sino que sus ruindades se le presentan en escala tan grande y abstracta que no se le ocurriría siquiera la posibilidad de achacarle sus inconvenientes inmediatos y concretos. Por otro lado, si se le repartiera mejor,

¿no podría haber bastante carne para todos? Tal vez ha conocido a oficiales del ejército irresponsables y egoístas, o no le satisface cómo tratan a su hijo en el ejército. Sea como fuere, surge de por ahí un canalla, real, cercano, con traza que invita a acusarle, y estará presentado en él el ejército entero y la causa de la carestía de carne. Es así cómo logra ella explicarse el mal y fijar la culpa. A este proceso se le ha llamado proyección *complementaria*. La proyección complementaria no es atribuir a otra gente nuestros propios sentimientos y estados de ánimo, sino más bien encontrar en la supuesta conducta de cierto prójimo una *explicación* "razonable" de nuestros propios sentimientos. (Es precisamente de este modo, para citar un caso extremo de proyección complementaria, cómo el paranoico, emponzoñado por la suspicacia y el odio, acusa a otros de conspirar en su contra.)

Pero tal vez nos falte aún algo para explicarnos enteramente la murmuración de esta mujer. Supóngase que ella hubiera dejado de guardar las grasas producidas en la cocina (como se lo pedía a la sazón el gobierno), supóngase que hubiera defraudado un poco reteniendo cupones de racionamiento al comprar carne, o hecho compras en el mercado negro: siendo en el fondo una ciudadana decente y animada de un sincero patriotismo, no habrá podido acallar una voz de remordimiento. ¡O acaso sí! (Mucha gente está en paz con su conciencia, y a fin de conseguirlo, cae, al menos ocasionalmente, en la trampa de la proyección *directa*.)

La proyección *directa* (no confundir con la complementaria) de nuestra culpabilidad es una de las armas misteriosas que la naturaleza ha dado al hombre para ahorrarle los tormentos de la conciencia. Emerson lo señalaba al escribir: "Lo que llamamos pecado en nuestros semejantes llamamos «experimento» en nosotros". Pecados cometen los demás; no nosotros. (O, si pecamos, cuán insignificante es nuestra falta comparada con la perversidad de los otros.) Ahora, esta buena señora, sin sospecharlo siquiera, puede haber acallado la voz de su conciencia, diciendo: "¿Por qué he de sentirme culpable? ¿Qué importancia tienen mis inocentes contravenciones a las reglamentaciones alimentarias? Miren un poco, el ejército echa a perder reses enteras. Lo mío no es nada en comparación".[2]

[2] Es desde luego muy difícil probar que la gente que pasa rumores acusatorios es ella misma culpable de la falta que atribuye a otros. Sin embargo,



Existen también pruebas experimentales concernientes a la importancia de la evasión de la propia culpabilidad en la creencia de rumores. Allport y Lepkin (1945) descubrieron que la gente que creía ciertos tipos de rumores relacionados con despilfarros y privilegios especiales en la OPA tenía marcada propensión a confesar escamoteos en sus raciones alimentarias y *negar a la vez sentirse culpable o avergonzada por haberlo hecho*. Por otra parte, entre gente que admitía el escamoteo y confesaba *sentirse avergonzada* de ello, no era tan marcada la tendencia a creer en rumores acerca de la mala conducta de otros. En conclusión, cuando creemos lo peor, respecto de otros, estamos tratando de huir de nuestra conciencia acusadora. Si nos hacemos cargo de nuestro pecado, entonces es menor la susceptibilidad al rumor.

En los experimentos de Frenkel-Brunswick y Sanford (1945) tenemos otra confirmación de este mismo principio. Hallaron estos investigadores que en un grupo de universitarias abiertamente antisemitas existía una tendencia a eludir la culpa y responsabilidad por sus propias faltas. Recíprocamente, en un grupo de estudiantes imparciales en este aspecto había una marcada tendencia a la "intropunidad", esto es, a admitirse culpables por las desdichas y los fracasos propios. Quienes rehusan arrostrar sus propias faltas buscan víctimas propiciatorias; aquellos que reconocen sus propias flaquezas no parecen haber menester de tales recursos.

## GENERALIZACIÓN DE LA FÓRMULA DEL RUMOR

A esta altura de nuestro estudio podemos, pues, formular la siguiente recapitulación:

> *El rumor es lanzado y continúa su trayectoria en un medio social homogéneo, en virtud de activos intereses de los individuos que intervienen en su transmisión. La poderosa influencia de estos intereses exige que el rumor sirva ampliamente como elemento de racionalización: esto es, explicar, justificar y atribuir significado al interés emocional actuante. A veces, el vínculo interés-rumor es tan íntimo, que*

es una verdad que surge de la simple observación que la gente parece sentirse ejemplarmente virtuosa al criticar a sus semejantes por faltas que, nos consta, tiene ella misma.

*nos permite describir el rumor como la proyección de un estado emocional completamente subjetivo.*

Consignada así la estrecha vinculación entre el rumor y situaciones emocionales subjetivas, volvamos a nuestra fórmula:

$$R \sim i \times a$$

Este método de análisis semeja mucho al que preconizó McGregor (1938) para el estudio de la influencia del deseo sobre el pensamiento [3] al formular predicciones. Uno de los experimentos del autor consistió en preguntar a un grupo de personas, en 1936, si creían que Hitler estaría en el poder un año después. Alrededor del 95 % respondió afirmativamente. Se les preguntó asimismo, a dichas personas, si eran personalmente afectas a Hitler: la mayoría lo odiaba. El factor importante aquí era que la aversión que sentían los sujetos por el dictador *no* afectaba a sus predicciones *porque era escasa la ambigüedad de la situación planteada.* La posición de Hitler en Alemania era a la sazón firme. Por otra parte, se pidió a los mismos sujetos vaticinar acerca de la posibilidad de que Eduardo VIII de Inglaterra anunciara sus bodas dentro de ese mismo año, y si el rey *debería casarse.* De los contrarios al casamiento del rey, 32 % predijeron en sentido afirmativo, en tanto que de aquellos que lo propiciaban, 80 % respondieron que "sí" se casaría. Por la época de esta encuesta las noticias acerca de los planes para las bodas del rey eran muy ambiguas y contradictorias. *Sin una prueba objetiva que la oriente, la mayor parte de la gente formula sus conjeturas de acuerdo con sus predilecciones subjetivas.*

McGregor escribe "...la influencia de factores subjetivos sobre el sentido de la predicción está circunscrita al grado de ambigüedad de la situación que provoca el estímulo, pero también por la *importancia*, para el vaticinante, de los hechos implicados. Si la importancia o la ambigüedad fuera igual a cero, la influencia de los factores subjetivos sobre la predicción sería, presuntivamente, cero. En el caso anterior no habría deseos capaces de influir en la predicción, y el vaticinante no haría sino registrar... la ambigüedad de la situación existente provocadora del estímulo. Si

[3] "Wishful thinking".



la ambigüedad hubiese sido cero, por otra parte, la situación provocadora del estímulo hubiera sido totalmente coercitiva. Incluso un deseo intenso resultaría inoperante".

La obra de McGregor nos conduce a formular la conclusión de que el rumor sigue una ley aún más generalizada de psicología social, que podría enunciarse como sigue:

> *La deformación emocional subjetiva en la percepción e interpretación del medio ambiente puede ocurrir sólo en relación directa a los efectos combinados de importancia y ambigüedad.*

La proyección y la gravitación del deseo en el pensamiento no son tendencias ilimitadas. Operan ellas únicamente si se lo permiten las circunstancias. *La gente fortalecerá sus deseos con falsas creencias, "racionalizará", "proyectará" y hará correr falsos rumores, solamente en proporción a la ambigüedad del asunto y a la importancia que para ellos revista.*[4]

De este modo el rumor, visto como una de las formas menos racionales de la actividad social, se revela como fenómeno circunscrito. Al igual que en el "wishful thinking" (el pensamiento al servicio del deseo) en el experimento de McGregor, medra únicamente cuando gravitan sobre él las complicaciones del "yo" y cuando la prueba objetiva o el conocimiento no pone frenos racionales al juicio y al testimonio.

En este aspecto, es menester recordar asimismo que ciertos rumores parecen delatar una sed intelectual más bien que una necesidad emocional. Puesto que la gente es curiosa y quiere saber, se plantea una condición de *importancia.* Pero como no sabe,

[4] Los lectores que estén familiarizados con lo que en psicología se denomina "técnicas proyectivas", echarán de ver en seguida la similitud entre rumores y "tests" proyectivos. Estos "tests" están basados en la *ambigüedad* de los estímulos. Un borrón de tinta es amorfo; por lo tanto, su significado lo aporta el individuo que lo interpreta. En forma similar, el test de apercepción temática produce, sonsaca una historia personal levemente disfrazada solamente si el cuadro productor del estímulo es susceptible de *numerosas* interpretaciones. A menos que las figuras-estímulos sean altamente ambiguas, el sujeto no las interpretará de acuerdo con sus propias apetencias. Es cuestión seriamente debatida el hecho de si los métodos "proyectivos" empleados corrientemente (incluso las láminas para el test de apercepción temática) son suficientemente equívocos.

y puesto que encuentra el asunto en cuestión ambiguo, es susceptible al rumor. Las peregrinas historias que nos cuentan los niños acerca de sus interpretaciones de los actos de la naturaleza, de la mente y de Dios, participan de este carácter de rumores de "curiosidad". Mitos y leyendas, aunque no siempre exentos de tendencia emocional, también se presentan a menudo como versiones primitivas de atisbos científicos. En conclusión, el "esfuerzo en busca de explicación" puede por sí sólo constituir el factor de "importancia" subyacente en la difusión del rumor (o mito). Las necesidades importantes no son exclusivamente viscerales; pueden ser también intelectuales.

¿Cómo separar lo visceral de lo intelectual?

## MOTIVOS SECUNDARIOS EN LA CIRCULACIÓN DE RUMORES

No sería exacto afirmar que cada difusor individual de rumores es movido por el cuadro dinámico que acabamos de describir. En ciertos casos, el móvil puede ser muy especial y no llevar ninguna relación temática con el cuento propalado. Por ejemplo, el que pasa un rumor puede tan sólo buscar atraer la atención de los circunstantes. "Yo sé algo que ustedes ignoran", es a menudo el preámbulo que un niño pone al relato de una especie. Estar "al tanto" halaga el amor propio. Al referir un chisme, está uno momentáneamente en posición de dominio frente a los circunstantes. Un placer de esta índole puede incluso resultar irrenunciable para individuos cuya vida carece de color y variedad. Además, el portador de rumores puede hallarse así en situación de hacer un favor a algún amigo amante de comidillas de escándalo, o que tiene alguna debilidad por historias macabras de muertes y desastres. Aun cuando él mismo sea indiferente al chisme, lo refiere para delectación de su amigo.

En otro orden de cosas, una persona puede considerar conveniente llenar un silencio embarazoso en el curso de una conversación repitiendo algo que acaban de relatarle. Gente a la que dejan indiferente las tendencias emocionales implicadas en un rumor puede, no obstante, pasarlo. Un intercambio social así carente de sentido alguno no bastará por sí solo para justificar la existencia o forma del rumor, pero servirá espléndidamente para salvar un "punto muerto" en su itinerario.

En tiempos en que los Estados Unidos estaban aún en guerra con Italia, se descubrió que el 25 % de los miembros de cierta co-



munidad italoamericana escuchaba regularmente Radio Roma y transmitía a sus vecinos la propaganda del Eje. A primera vista, parecía que debiera haberse puesto seriamente en duda la lealtad de ese grupo. Pero pronto se halló que el motivo de tal situación era simple, y exento de complicaciones. Las familias cuyos aparatos receptores eran lo suficientemente poderosos como para sintonizar la transmisora italiana, gozaban de mayor prestigio en el seno de la comunidad, y, para mantener este prestigio, se tomaban el trabajo de escuchar los programas y se sentían orgullosos de poder pasar las "noticias" a sus envidiosos vecinos.

## RUMORES DE "DESENLACES ESPERADOS"

La circulación de rumores llega a un punto frenético cuando el público espera la realización de un acontecimiento largo tiempo anhelado. El frenesí se acentúa por la entrada en escena de la prensa y la radio. El armisticio de 1918 fue precedido de un falso anuncio en los diarios, cuatro días antes de la fecha real. En 1945, a punto de darse los días V-E y V-J, ocurrió cosa parecida. En todos estos casos se organizaron festejos prematuros. Aparte el legítimo afán de los noticiosos de no quedarse dormidos y poder llevar la buena nueva al público con toda prontitud posible (anticipándose al competidor), hay una razón psicológica subyacente en la propensión de "apretar el gatillo" antes de tiempo cuando se trata de noticias importantes.

Hallamos aquí el poderoso factor dinámico de la anticipación en la vida mental del individuo. Cuando luego de una larga, larguísima espera falta colocar una sola pieza para completar el rompecabezas, todos nos ponemos "expectantes" y dispuestos para el final. Nos conducimos aquí como animales que, al recorrer un laberinto para alcanzar el punto donde han de hallar el cubo del pienso, al acercarse a la meta de su intrincado itinerario experimental, aprietan el paso. Al igual que ellos, tenemos nosotros nuestro "final precipitado". Ni aquellos que han adquirido una disciplina en la recolección y distribución de noticias saben esperar, según lo demuestra lo ocurrido con la United Press la víspera del ya citado día V-J:

## UN FALSO COMUNICADO URGENTE ORIGINA CELEBRACIONES PREMATURAS

A las 21.34 del pasado domingo, la United Press difundió el siguiente comunicado por sus líneas de teletipos:

URGENTE:

WASHINGTON — Japón acepta la rendición.

Dos minutos después, a las 21.36, se pasó por teletipos este segundo comunicado:

URGENTE

EDITORES:

Deténgase anterior comunicado urgente.

Pero el boletín había sido pasado a las estaciones de radio e, inmediatamente, las sirenas y silbatos habían empezado a sonar en toda Nueva York.

Las gerentes de muchas salas cinematográficas habían hecho interrumpir la exhibición de las películas para anunciar la "noticia" y miles de ciudadanos se volcaban en las calles para tomar parte en las anticipadas celebraciones.

A las 21.40, la U. P. distribuía el siguiente boletín:

EDITORES:

Nuestras oficinas de Washington anuncian no haber enviado boletín urgente transmitido a las 21.34 por las líneas arrendadas por nosotros. Estamos investigando descubrir origen.

Ya para esa hora, las radioemisoras habían lanzado anuncios urgentes al efecto de declarar falso el anuncio de la capitulación japonesa. Aparentemente, todas las estaciones habíanse basado en el boletín urgente de la United Press.

Mientras tanto, los teletipos de la United Press estuvieron paralizados. Durante 20 minutos no se cursó por ellos una sola palabra.

A las 22.05, la United Press enviaba la siguiente nota:

EDITORES: Continuamos investigando origen boletín Washington, pero no nos ha sido posible determinarlo aún. Publicamos relación detallada tan pronto nos sea posible.

Los rumores del tipo del "final precipitado" no contradicen los principios descritos, sino que enfocan casos especiales. Un final largamente anhelado es de mayor importancia para mucha gente. El hecho de adelantarse, aunque momentáneamente, una noti-



cia oficial, exacerba la ambigüedad de la situación. (¿Se ha producido o no se ha producido?) Las agencias noticiosas y sus clientes tienen la atención concentrada en el esperado final, y basta tan sólo un adarme de credulidad para confirmarles y hacerles creer que el desenlace acaba de producirse.

Capítulo II

# EL RUMOR EN TIEMPO DE GUERRA

El rumor adquirió categoría de serio problema nacional en los tensos años de 1942 y 1943. Por ese tiempo, un alto funcionario de la Oficina de Informaciones Bélicas de los Estados Unidos de Norteamérica creyó haber hallado la explicación de la circulación de rumores y dio una fórmula para combatirla, que era parcialmente —mas sólo parcialmente— correcta. "El rumor", decía, "corre por falta de noticias. Por consiguiente, debemos proporcionar al pueblo noticias lo más exactas posibles, pronta y completamente".

Es verdad que el rumor medra en un ambiente escaso de noticias fidedignas. En Inglaterra, la casi total falta de rumores inspirados por el pánico durante los días más negros de la *Blitzkrieg* aérea germana fue debida a la convicción del pueblo de que el gobierno lo tenía bien informado acerca de las destrucciones causadas por los bombardeos y, por lo tanto, "sabían lo peor". Cuando la gente está segura de saber lo peor, es muy difícil que esté dispuesta a ensombrecer aún más el cuadro inventando fantasmas innecesarios para proporcionarse a sí misma una explicación de sus estados de inquietud y zozobra.

Asimismo, no sería difícil probar que el rumor corre más caudaloso cuando abundan las noticias. Eran pocos los rumores que circulaban entre el pueblo de los EE.UU. acerca de las pérdidas en Pearl Harbour hasta la publicación por los diarios del informe oficial del desastre. Y aun cuando circularan esporádicamente rumores sobre la muerte de Hitler antes de que los diarios se refirieran al intento de asesinato en el verano de 1944, se multiplicaron aquellos inmediatamente después. El diluvio de rumores de paz de fines de abril y principios de mayo de 1945 coincidió



con la abierta discusión en la prensa del inminente colapso de Alemania. En modo similar, hubo un verdadero enjambre de rumores durante las horas que precedieron al Día V-J. Acerca de la terminación de la guerra, circularon falsedades con una virulencia que ponía a prueba la capacidad de los organismos pertinentes para desmentirlas.

Uno de los episodios más extraños en la historiografía del rumor fue la difusión de noticias sobre la muerte de muchas personas notables, entre ellas el general Marshall, Bing Crosby y La Guardia, a las pocas horas de darse a conocer la noticia de la repentina muerte del presidente Roosevelt, el 12 de abril de 1945. Los sucesos públicos carentes de interés como noticias, muy difícilmente engendran rumores, y se han dado circunstancias en que cuanto mayor prominencia ha dado la prensa a una noticia —sobre todo si es ella de importancia trascendental tanto más nutrido y serio es el enjambre de desfiguraciones sufrido por la noticia.

El funcionario estatal arriba aludido cometió un error al dar por sentado que el rumor es un elemento puramente intelectual, una especie de sustituto, a falta de cosa mejor, de la información fidedigna. No reparó en que, al producirse un hecho de mucha importancia, el individuo no se conforma con la aceptación del mismo tal cual se lo anuncian. Ve su vida hondamente afectada; en su ánimo, los hipertonos emocionales del suceso engendran toda suerte de combinaciones fantásticas: parte, pues en busca de explicaciones, imaginando Dios sabe qué remotas consecuencias.

No obstante, el funcionario daba, en forma inexacta y harto simple, una parte de la fórmula relativa a la circulación y represión de rumores. El rumor corre cuando los hechos acaecidos tienen importancia en la vida de los individuos y cuando los detalles que les llegan al respecto son incompletos o subjetivamente ambiguos. Puede residir la ambigüedad en que el hecho no sea narrado en forma clara, o en las versiones contradictorias del mismo, o en su incapacidad de comprender la noticia recibida. En el verano de 1945, la bomba atómica fue objeto de sinnúmero de rumores, sobre todo entre la gente de escasa instrucción. Se decía que las radiaciones letales quedaban en suspenso en el área de explosión atómica, tornando imposible toda clase de vida. Una encuesta entre el público reveló la creencia, entre una cuarta parte de la población, de que el descubrimiento podría llegar a causar el estallido de la Tierra en una monstruosa explosión atómica. Los

hombres de ciencia debieron poner a contribución sus mejores argumentos para desacreditar tales patrañas. Por otro lado, hubo infinidad de rumores utópicos acerca de progresos en el *standard* de vida de la población en general como resultante de la inmediata aplicación de la energía atómica a las actividades civiles. La verdad es que la gente no estaba preparada para estimar en sus verdaderos alcances las noticias que acababa de recibir de Nagasaki e Hiroshima.

El hecho de mayor gravitación, sobre todo en tiempo de guerra es el de que el rumor circula mucho más raudo cuando el individuo desconfía de la noticia que llega hasta él.

## RUMORES SOBRE PEARL HARBOUR

En enero y febrero de 1942 invadieron a los EE.UU. de Norteamérica verdaderos enjambres de rumores inspirados por el temor. Su esencia era siempre la misma: las pérdidas durante el *raid* japonés sobre Pearl Harbour habían sido infinitamente mayores que las reveladas por las autoridades. Algunas versiones llegaban a asegurar que la totalidad de la flota del Pacífico había sido echada a pique en el ataque a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941; otras, que mil aeroplanos habían sido destruidos en tierra ese mismo día. Ahora se sabe que en los primeros comunicados oficiales no se divulgaron todas las pérdidas sufridas en Pearl Harbour, y ello por razones de seguridad militar. Las historias nacieron de la sospecha de que tal era el caso. Recelando de la noticia, el público no contaba con ningún elemento de prueba indubitado para contrastar los frutos de su imaginación amedrentada. Tan intensas y turbadoras tornáronse las murmuraciones, que el presidente Roosevelt consideró necesario dedicar parte de su charla "junto al hogar", del 23 de febrero de 1942, a desvirtuar esos infundios. Ni siquiera en esa oportunidad pudo el señor Roosevelt ser explícito y decir todo lo que sabía, pero hizo cuanto pudo para aquietar los temores del público, al divulgar toda la verdad sin desmedro de la seguridad nacional. En cuanto a los efectos que tuvieron sus revelaciones, en seguida echaremos de verlos.

Comencemos por aplicar nuestra fórmula del rumor a las versiones antojadizas acerca de Pearl Harbour. Hallamos —como en todo rumor—, que aun cuando el desastre repercutió enormemente en la vida del pueblo, las noticias que con él se relacionaban



eran subjetivamente ambiguas. En este caso en particular, la ambigüedad surgió de tres condiciones a la sazón muy poderosas: 1) Mucha gente nutría una desconfianza extrema hacia la administración de Washington, por sus pasadas reformas, por su intervencionismo, por sus "agencias alfabéticas" y por sus "melenudos" expertos.[1] 2) En general, la gente ignoraba cuáles eran las normas que seguía el gobierno en materia de noticias relativas a la guerra. Aun entre los partidarios de la administración de Roosevelt, cundía cierta desconfianza acerca del manejo de noticias sobre la marcha de la guerra. En los primeros meses del conflicto, podía justificarse cierta dosis de recelo.[2] 3) Por encima de todo esto, la vida de la gente había sido violentamente trastornada por el estallido de la guerra: familias separadas y desorganizadas; planes domésticos alterados; un futuro oscuro e incierto amenazaba a todos. Ahondando aún más en la cuestión, se ha comprobado que el temor se agrandaba entre los ciudadanos inseguros de la capacidad del país para desbaratar cualquier ataque aéreo y aun una invasión. *Para explicar este temor*, le era necesario recurrir a alguna causa valedera. Y la más a mano, la más concreta y razonable, era dar por sentado que las fuerzas defensoras del país habían quedado totalmente destruidas. El país había quedado virtualmente indefenso: luego, puesto que no se habían dado encuentros entre las dos fuerzas armadas desde el día de Pearl Harbour, forzosamente sería allí donde el país había sido reducido a la impotencia. Era más fácil y más cómodo creer en causas concretas, recientes y dramáticas, que en la más lejana, menos identificable, esto es, la incapacidad de prepararse a tiem-

[1] Que los rumores que reflejaban la falta de pericia en la conducción de la guerra eran creídos más fácilmente por los ciudadanos opositores de la gestión gubernativa del primer mandatario que por aquellos que la miraban con buenos ojos, ha quedado establecido por una investigación realizada bajo la dirección de F. H. Allport y M. Lepkin (1945).

[2] Corrobora nuestro aserto de que los despachos oficiales eran mirados con harta desconfianza, y ello hasta en los momentos finales de la contienda, una nutrida lista de encuestas realizadas por organismos privados y basadas en la pregunta: "¿Cree Ud. que el gobierno está dando al público toda la información que debería acerca de la guerra?" Tres días después de Pearl Harbour, sólo el 68 % de la gente respondía "sí" a esta pregunta. Su número varió durante el transcurso de la guerra, aunque sin exceder en ningún momento el 70 %, y bajando al 51 % en marzo de 1944. (Información facilitada por la Oficina de Investigaciones de la Opinión Pública, Universidad de Princeton).

po para la defensa nacional. Así, pues, una fuerte emoción, acompañada de un "afán de explicación", se contraponía a la noticia en el instante mismo de recibirla.[3]

La necesidad de "racionalizar" (traducir pretextos en razones) los temores del período posterior a Pearl Harbour, era lo bastante fuerte en mucha gente para inducirla a resistir hasta las seguridades formales proporcionadas por el supremo comando. Fue totalmente inesperada la oportunidad que ofreció a los psicólogos investigadores de estos problemas la charla del presidente Roosevelt del 23 de febrero de 1942. Ocurrió que el 10 de febrero había sido dirigida a un grupo de 200 estudiantes la siguiente pregunta: "¿Cree usted que nuestras pérdidas en Pearl Harbour fueron mayores, mucho mayores, las mismas, menores o mucho menores que las enunciadas oficialmente?" He aquí los resultados:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Mayores o mucho mayores .. | 69 % | Las anunciadas o menores .. | 31 % |

Luego vino la charla del presidente, escuchada por la mayoría de los norteamericanos. El 25 de febrero, a un grupo equivalente de 200 estudiantes (no estando a mano el anterior) le fue dirigido el mismo cuestionario, preguntándosele, a la vez, si había oído o leído el discurso presidencial. Entre aquellos hasta quienes no había llegado la palabra oficial *no se registró cambio alguno* en los porcientos. En cambio, entre aquellos que la habían oído o leído, los resultados arrojaron las siguientes proporciones:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Mayores o mucho mayores .. | 40 % | Las anunciadas o menores .. | 54 % |

Se contó en este caso con una magnífica oportunidad para medir la efectividad de la voz de una alta autoridad dirigiéndose solemnemente al público, a través del poderoso medio de la radiofonía, en un momento crítico para la historia de un país. Si el experimento se lleva ahora al plano nacional, podemos afirmar (y no hay razón para suponer que los estudiantes sean atípicos en

[3] Una de las más importantes fuentes psicológicas de propagación de rumores es el deseo del público de comprender y simplificar los harto complicados sucesos que se siguen unos a otros, a menudo con rapidez pasmosa. Los rumores sirven para hacer aparecer las cosas más simples de lo que son realmente. Llamaremos a este esfuerzo por lograr la simplificación y la comprensión "afán de explicación", esto es, empeño en dar a los hechos un sentido comprensible.



este aspecto), que el presidente de una nación, con unas pocas palabras tranquilizadoras, logró hacer cambiar de parecer al 23 % de la población. Desde cierto punto de vista, es este un éxito de interés dramático. Despejar sospechas, ahuyentar el miedo, borrar una creencia derrotista entre acaso 20.0000.000 de ciudadanos en tan corto espacio de tiempo, es un mérito que debemos al prestigio de un primer mandatario y a la eficacia de la radiofonía como medio de comunicación.

Al propio tiempo, aquellos que creían en los rumores perjudiciales, no cambiaron, en su mayoría, de parecer, no obstante los mejores esfuerzos del presidente. Debemos admitir que era tan grande la ansiedad subjetiva en estos individuos, o su desconfianza hacia el señor Roosevelt tan intensa, que ni siquiera las noticias oídas de boca de la máxima autoridad civil y militar tuvieron la fuerza de cortar la raíz que el rumor había hincado en sus ánimos.

## LOS RUMORES Y LA MORAL DEL PUEBLO

Los rumores tendientes a elevar las pérdidas sufridas, tal el caso de Pearl Harbour, podrían clasificarse como rumores inspirados por el temor (rumores "espectros"). Pertenece a este grupo una especie que circuló por Nueva Inglaterra en 1942. Alma del hecho fue el hundimiento de un barco carbonero, a consecuencia de un accidente, cerca del canal de cabo God. Pero tan exacerbado era entonces el estado de zozobra de los habitantes de Nueva Inglaterra, que el accidente, a poco, adquirió en los relatos proporciones fantásticas, con miles de enfermeras norteamericanas que estaban a bordo perdidas al ser torpedeado el barco en el lugar. El hecho sufrió otras desfiguraciones igualmente burdas.

Pertenecen a la categoría de rumores inspirados por el temor también las especies de "casos de canastas". Se contaba que una mujer, habiendo recibido una notificación del departamento de guerra, para que fuera a la estación del ferrocarril del pueblo a esperar a su esposo, que volvía del frente de batalla, lo hizo, y allí le entregaron al esposo, según la historia, en una canasta, sin brazos ni piernas.

Esta especie horripilante, engendrada por la fantasía macabra de un estado de ánimo enfermizo, circuló profusamente por el año 1944. Durante toda la guerra hubo un solo caso de amputación de los cuatro miembros, y la realidad, en este único caso, daba un

firme mentís al pretendido estado de desamparo e impotencia de la víctima y a la pretendida crueldad del ministerio de guerra. Lo realmente verídico está relatado en una comunicación de la Associated Press de agosto de 1945.

UN VETERANO DE LA GUERRA MUTILADO DE BRAZOS Y PIERNAS RECIBE 60.000 DÓLARES

El sargento mayor Federico Hensel, único soldado que en esta guerra haya perdido partes de sus brazos y piernas en acción de guerra, y su esposa, recibieron hoy donaciones por un importe de 60.000 dólares en efectivo, al celebrar ambos, en el hospital militar Percy Jones, el tercer aniversario de sus bodas.

Hensel se granjeó la admiración del público al desembarcar procedente de Okinawa, hace cinco semanas, cuando anunció que pensaba establecer un criadero de aves, no obstante sus impedimentos aparentemente insalvables.

En homenaje a su valor y tenacidad en tan ingratas circunstancias, el público comenzó a hacerle llegar ayudas en dinero. Más de 26.920 dólares recolectados por el diario *Detroit Free Press*, y 25.000 por el *Chicago Herald and American*, les fueron entregados hoy en el acto arriba mencionado. Al Greenberg, hombre de negocios de Louisville, dijo que él solamente había recolectado cerca de 4.000 dólares, mientras las contribuciones llegadas directamente a los Hensel sobrepasaban ya los 4.000 dólares.

Los rumores "espectros", especialmente en los días iniciales de la guerra, eran más numerosos que los engendrados por mentes influidas por el deseo de sueños dorados nacidos al "fumar la pipa".[4] Solían tomar estos últimos formas agoreras de una inminente terminación de la guerra.

Circuló por ahí una especie absurda, que recorrió los Estados Unidos, según la cual una adivina había vaticinado la muerte de Hitler para dentro de seis meses. Y como el hombre a quien la adivina hciera la profecía se mostrara escéptico, ella había agregado: "Sí, Hitler, ya no existirá dentro de seis meses, y es esto tan cierto como que usted llevará pronto un cadáver en su automóvil". A los pocos días de esto, proseguía el cuento, aquel señor escéptico, viajando en su automóvil, recogió para transportarlo al hospital, a un hombre víctima de un accidente de tránsito, pero al llegar comprobó que la víctima ya había fallecido.

[4] "Pipe dream" rumors.



Asombra que una patraña tan traída de los pelos pudiera hallar suficiente interés entre el público como para merecer tan vasta y rápida difusión. La explicación existe, desde luego; parte en la importancia de la posible muerte de Hitler, parte en el deseo del público de creer en el fin del dictador, parte en la ambigüedad subjetiva común a la fecha de la muerte de cualquiera de nosotros y parte en la necesidad de "racionalizar" el deseo mismo. El justificativo, o argumento persuasivo en este caso, se presenta bajo forma de una lógica tortuosa, intentándose demostrar que si la adivina había sabido predecir lo del cadáver en el automóvil, no había por qué rechazar de plano la posibilidad de la muerte de Hitler.

falta de explicación de esta ambigüedad Me queda claro

En general, los rumores relativos a hechos ansiados, con su característico color optimista, fueron relativamente escasos hasta poco tiempo antes de la caída de Alemania. Durante el mes de abril de 1945, empero, los rumores acerca del deceso de Hitler y de la rendición incondicional de Alemania nacían y se difundían con carácter de ráfaga, impulsados, en los días finales, por la nerviosidad de la prensa y la radio, impacientes por dar la gran noticia, tanto que, finalmente, "apretaron el gatillo", dos o tres días antes del fin de la guerra.

En el caso de estos rumores de paz circulantes en los momentos finales del conflicto, nos hallamos frente a un fenómeno especial del rumor que hemos denominado *efecto de final precipitado*. Aunque sostenidos y acentuados por el afán y la ambigüedad de las noticias, estos rumores de paz eran parcialmente productos del febril estado de expectación reinante. Cuando nos hallamos a la espera de una noticia determinada, nos es harto fácil creer que por fin ha llegado. ¿Cuántas veces nos ha ocurrido "creer" que sonó el teléfono cuando estamos esperando ansiosamente una llamada?

El efecto de "final precipitado" debido a la expectación o ansiada espera está patente en el editorial siguiente, del *Globe*, de la ciudad de Boston, aparecido el 6 de setiembre de 1944. El mismo señala a la vez que los rumores pueden tener un "grano de verdad". En este caso particular, 900 alemanes se rindieron en Mons...; ¡pero no el ejército alemán en masa!

Un rumor originado en un comunicado de Radio Bruselas dio ayer un falso alegrón a mucha gente, pues anunciaba nada menos que los alemanes acababan de capitular. Dos horas más tarde, llegó un rotundo desmentido por conducto del cuartel general del supremo comando aliado, seguido por las excusas de la estación de radio que emitió la falsa noticia. Origen del rumor parece haber sido la rendición de 9.000 alemanes en Mons.

No faltarán informaciones similares en los próximos meses anunciando la rendición de los alemanes, pero habrá de pasar aún un tiempo considerable antes de que el tan ansiado momento de la rendición incondicional sea realidad. Es muy posible que oigamos infundios carentes aun de la significativa base del que ayer trajo un momento de alegría y un triste desencanto para muchos. Los alemanes están mordiendo el polvo de la derrota, mas nadie sabe a ciencia cierta cuánt tiempo soportará parte de sus fuerzas el embate de los nuestros.

Mientras tanto, todos nosotros, tanto los civiles como los militares uniformados, haremos nuestra parte siguiendo adelante sin prestar atención a las especies que se echen a circular, por agradables que nos resulten.

Los rumores engendrados tanto por el miedo como por el deseo tuvieron una gravitación importante en la moral del frente interno durante la guerra última. Aquellos, de carácter alarmista, tendían a inhibir la confianza del individuo en el éxito final de sus propios esfuerzos en pro de la victoria final. Al crear un estado de ansiedad, llevaban a veces a tomar un punto de vista completamente derrotista.

Los rumores engendrados por el deseo, por otra parte, con su confiado optimismo, conducían a veces a una complacencia enervante, debilitadora del esfuerzo de guerra. Y la rapidez con que la gente "aflojaba" al enterarse de operaciones victoriosas de los aliados está demostrada por la reducción de las donaciones voluntarias de sangre. Cuando quiera que el público creía en rumores de grandes éxitos en los frentes de batalla, o en el inminente cese de las hostilidades, tendía a flaquear en sus esfuerzos y a reducir sus sacrificios.

Importantes como son las consecuencias de los rumores "de miedo" y "de deseo" para la moral de la nación, son ellas relativamente modestas frente a los efectos de la tercera y gravísima



clase de rumores de tiempos de guerra: las especies que reflejan *odio* y *hostilidad*, y cuya finalidad es sembrar discordia.

Insertamos a continuación la Tabla I, que preparó R. H. Knapp (1944), señalando la distribución en porcientos de mil rumores recogidos en todo el territorio de los EE. UU. durante el verano de 1942.[5]

El análisis de Knapp revela que aproximadamente dos tercios de los rumores en circulación en 1942 eran hostiles en su intención divisionistas en su efecto. Cerca del 9,3 por ciento eran antisemitas, 3,1 por ciento antinegros, 21,4 por ciento antigubernativos, 19,6 por ciento contrarios al ejército y a la armada. En ellos se acusaba a grupos de ciudadanos quienes, en verdad, estaban haciendo los mayores sacrificios para ganar la guerra en que se jugaba el futuro del país.

Los efectos de estas especies sólo podían ser perjudiciales para la unidad del esfuerzo nacional en tiempo de crisis como aquel. Las víctimas de tales rumores no pudieron menos de sentirse amargadas, y una atmósfera de suspicacias y recriminaciones invadió los ánimos justo en momentos en que el país estaba menos en condiciones de tolerarla.

La armada nacional (se callan las causas) ha echado al agua tres camiones de café en el puerto de Nueva York.

El ejército deja echar a perder reses enteras de ganado.

Los rusos reciben casi toda la manteca de nuestra producción y la usan para engrasar fusiles.

El presidente es judío.

La Cruz Roja está cobrándole a nuestros soldados destacados en Islandia precios exorbitantes por los *sweaters* tejidos gratuitamente por nuestras mujeres.

Los judíos eluden el enrolamiento.

Los negros están formando "Eleanor Clubs", dedicándose a reunir fusiles y garfios para llevar un asalto a la Casa Blanca.

Es esta una escasa muestra de las monstruosidades que circularon en los Estados Unidos al comienzo de la guerra. Con variantes,

[5] La tabla está basada en informes procedentes de todos los Estados de la Unión, en respuesta a una encuesta de *The Reader's Digest*, insertada al final de un artículo publicado en el número de setiembre de 1942, intitulado "Boston hace la Guerra al Rumor".

se las siguió oyendo durante todo el transcurso de la misma, y continúan al día de hoy.

Las especies engendradas por el miedo, el deseo y el odio agotan realmente la serie de rumores de tiempos de guerra, según parecerían implicarlo nuestras observaciones y la Tabla I. ¡No del todo! Existe, además, un escaso grupo de rumores que no se presta a una clasificación metódica. Son en su mayoría de la variedad de seudonoticias, y los más de ellos podrían ser designados como rumores engendrados por la *curiosidad*.

Véanse los ejemplos siguientes:

El transatlántico *Queen Mary* zarpó ayer con 7.000 hombres de tropa.

Dicen que van a cerrar las escuelas para que los niños puedan ayudar a levantar la cosecha.

He oído decir que están proyectando la construcción de grandes cuarteles en el centro de la ciudad.

Es probable que rumores de esta y parecida naturaleza hayan sido mucho más corrientes que lo revelado por la Tabla I. Acaso los censistas no los creyeran lo suficientemente importantes como para incluirlos en la lista. Ni son siquiera particularmente significativos desde el punto de vista de la moral de la población civil, a menos que, desde luego, impliquen una violación de secretos de guerra.

## DEFENSA CONTRA LOS RUMORES

No habrá de extrañar, pues, que en los Estados Unidos, y naturalmente en otros países, los funcionarios públicos y los ciudadanos de espíritu patriótico se alarmaran ante el daño potencial que las campañas de rumores representaban para la moral del frente interno. Aun cuando creyeran que la difusión de rumores era en cierto modo un síntoma inevitable de nerviosidad de tiempo de guerra, no tenían idea de las proporciones que podía alcanzar creando y alimentando el derrotismo, la apatía y las disensiones dentro del conglomerado nacional.

En el año 1942, un estudio llevado a cabo por Ruch y Young, en los Estados Unidos, tuvo la virtud de medir la intensidad de



## TABLA I

CLASIFICACIÓN DE LOS 1000 RUMORES RECOGIDOS EN TODOS LOS PUNTOS DE LA UNIÓN EN EL TRANSCURSO DEL VERANO DE 1942

(Las cifras representan el porciento correspondiente a cada tipo de rumor dentro de la respectiva división territorial.)

| | U.S.A. | Nueva Inglaterra | Litoral Atlántico | Sur | Medio Oeste | Lejano Oeste |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *Rumores "Cizañeros"* (Total) | 65,9 | 63,2 | 62,0 | 61,6 | 72,5 | 67,8 |
| Antisemitas | | | | | | |
| Eluden el servicio militar | 3,6 | 7,2 | 6,6 | 0,9 | 3,2 | 1,1 |
| Otros | 5,7 | 6,4 | 7,0 | 4,2 | 4,6 | 6,9 |
| Total | 9,3 | 13,6 | 13,5 | 5,2 | 7,7 | 8,0 |
| Antibritánicos | 7,3 | 9,6 | 9,4 | 5,2 | 7,0 | 5,8 |
| Contra el Gobierno | | | | | | |
| Roosevelt (personales) | 3,1 | 2,4 | 2,0 | 3,3 | 6,3 | .... |
| Recuperación de desperdicios y racionamiento | 6,1 | 4,0 | 3,5 | 8,9 | 6,7 | 6,9 |
| Inseguridad de los Bonos de Guerra y las Cajas de Ahorros | 3,7 | 1,6 | 2,7 | 1,4 | 6,0 | 5,8 |
| Servicios privilegiados: quejas y abusos | 2,2 | 2,4 | 0,8 | 1,8 | 4,2 | 1,6 |
| Peculado, despilfarro, ineficiencia, accidentes | 4,4 | 3,2 | 2,0 | 4,7 | 5,3 | 6,9 |
| Total | 21,4 | 13,6 | 10,9 | 20,2 | 28,4 | 22,3 |
| Antinegros | 3,1 | 0,8 | 2,3 | 8,5 | 2,1 | 1,1 |
| Contra el Ejército y la Armada: | | | | | | |
| Incompetentes | 3,1 | 1,6 | 2,0 | 2,3 | 4,2 | 4,8 |
| Abusos por soldados y marinos | 6,7 | 8,8 | 9,8 | 5,6 | 5,6 | 4,2 |
| Ebriedad e inmoralidad | 2,6 | 1,6 | 2,7 | 2,8 | 1,8 | 4,2 |
| Vituallas, equipo: malo, defectuoso | 6,0 | 4,0 | 4,1 | 7,5 | 7,0 | 5,3 |
| Vituallas, equipo: destrucción, mal empleados | 2,1 | 2,4 | 1,2 | 2,8 | 1,8 | 3,2 |
| Total | 19,6 | 17,6 | 20,7 | 21,2 | 20,3 | 20,7 |
| Contra la Cruz Roja | 2,2 | 4,8 | 2,3 | 0,5 | 2,8 | 1,6 |
| Antiproletarios | 1,6 | 0,8 | 0,4 | 0,5 | 1,8 | 4,8 |
| Contra los comerciantes | 2,3 | 1,6 | 2,3 | 0,5 | 2,5 | 4,8 |

TABLA I (*continuación*)

CLASIFICACIÓN DE LOS 1000 RUMORES RECOGIDOS EN TODOS LOS PUNTOS DE LA UNIÓN EN EL TRANSCURSO DEL VERANO DE 1942

(Las cifras representan el porciento correspondiente a cada tipo de rumor dentro de la respectiva división territorial.)

| | U.S.A. | Nueva Inglaterra | Litoral Atlántico | Sur | Medio Oeste | Lejano Oeste |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *Rumores de "Miedo"* (Total) | 25,4 | 28,2 | 26,9 | 33,8 | 20,3 | 19,6 |
| En las fuerzas armadas: | | | | | | |
| Suicidios | 0,6 | .... | 1,2 | .... | 1,1 | .... |
| Insanias | 1,6 | .... | 0,8 | 1,4 | 1,8 | 0,5 |
| Plagas y epidemias | 1,2 | .... | 2,0 | 2,3 | 0,4 | 1,1 |
| Bajas excesivas | 5,1 | 9,6 | 9,9 | 2,8 | 4,6 | 0,5 |
| Total | 8,0 | 9,6 | 12,9 | 6,6 | 7,7 | 2,1 |
| Actividades Quintacolumnistas: | | | | | | |
| Cuento del "Pan y el Submarino" | 2,0 | 1,6 | 1,6 | 6,1 | 0,4 | 0,5 |
| Abastecemos al enemigo | 0,7 | 2,4 | 0,4 | 1,4 | .... | 0,5 |
| Espionaje, sabotaje | 4,2 | 6,4 | 2,0 | 8,5 | 3,5 | 2,1 |
| Total | 6,9 | 10,4 | 3,9 | 16,0 | 3,9 | 3,2 |
| Atrocidades: | | | | | | |
| Cuento de la "lengua y el sello postal" | 3,7 | .... | 1,6 | 3,8 | 6,0 | 5,8 |
| Otros | 1,0 | 1,6 | 0,8 | 0,9 | 1,1 | 1,6 |
| Total | 4,8 | 1,6 | 2,3 | 4,7 | 7,0 | 7,4 |
| Ocultación de éxitos enemigos: | | | | | | |
| Armas o planes secretos | 1,2 | 0,8 | 0,8 | 1,4 | 1,4 | 1,6 |
| Hundimientos | 1,0 | 0,8 | 1,2 | 2,8 | .... | 1,1 |
| Ocultación de actividades enemigas | 3,3 | 5,6 | 5,9 | 2,3 | 0,4 | 4,2 |
| Total | 5,7 | 7,2 | 7,8 | 6,6 | 1,8 | 6,9 |
| *Rumores de "Sueños Dorados"* | 2,0 | 2,4 | 3,9 | 1,4 | 0,7 | 1,6 |
| Rumores de paz | 0,6 | 0,8 | 2,0 | .... | .... | .... |
| El "cadáver en el auto" | 0,4 | .... | 0,8 | .... | 0,7 | .... |
| El enemigo está agotado | 0,6 | 0,8 | 0,4 | 0,9 | .... | 1,1 |
| Rumores de victorias | 0,5 | 0,8 | 0,8 | 0,5 | .... | 0,5 |
| *Rumores diversos* (Total) | 6,7 | 5,6 | 7,8 | 3,8 | 6,0 | 11,6 |



difusión y admisión de rumores. Ciertas manifestaciones propaladas por las estaciones de radio enemigas circulaban a la sazón insistentemente por el país, tales como que "más de 300 reclutas acababan de desertar de Fort Dix, en Nueva Jersey". Se computó un "índice de circulación" por cada rumor originado en fuentes enemigas. En Nueva York, este índice (esto es, el porcentaje de gente consultada que había oído el rumor) fue del 8 %, en Boston del 5 ½ por ciento. Cerca del 23 por ciento del total consultado había oído al menos uno de los rumores. ¿Creía la gente en ellos? Se computó entonces un "índice de admisión", preguntando al individuo si consideraba verdadera la "noticia" (si la había escuchado o no anteriormente). La tabla confeccionada señalaba un índice del 9,4 por ciento para la ciudad de Nueva York, y del 3,8 por ciento para Boston. Revelábase asimismo que tanto la circulación como la admisión eran mayores entre gente de modesta condición económica que entre la más próspera, entre personas mayores de cuarenta y cinco años que entre jóvenes, y entre los semitas más que entre la población no semita. La propensión de los judíos revelada por esta encuesta habría que atribuirla al hecho de que muchos de los rumores circulantes eran de tipo "fantasma", fácil de prender en el ánimo lleno de zozobra y aprensión de este sector de la población en los primeros tiempos de guerra.

Las agencias oficiales, que pulsaban la opinión pública de todo el país, estaban al tanto de la difusión de estos rumores perniciosos, mas no sabían cómo enfrentar el problema en busca de una solución. Hemos visto que en una oportunidad el propio presidente debió dirigirse al pueblo por la radio para desvirtuar un rumor específico. Luego, ya avanzada la guerra, se refirió explícitamente a aquellos rumores enderezados a crear animosidades raciales y religiosas, e intentó desalentar su circulación. *Divide and Conquer* (*Divide et Impera*) y otras publicaciones de la efímera "Oficina de hechos y cifras" fueron buenos antídotos contra el veneno de los rumores, y durante breve tiempo la oficina de informaciones de guerra dedicó una de sus secciones a la refutación de rumores, con Leo Rosten al frente.

La norma de conducta de esta agencia difería un tanto de la que estaba en la base de las llamadas "clínicas de rumores" de organización privada, y cuyas vicisitudes relataremos más adelante. Las clínicas concentraban sus esfuerzos en la refutación de las

noticias falsas. La OWI (Oficina de informaciones de guerra), por otra parte, se adhirió absolutamente a la fórmula "El rumor circula en ausencia de noticias", y ciñó el enfoque de sus energías al mejoramiento de la calidad de las noticias y a acrecentar la confianza del público en ellas. Aun cuando la OWI formuló ciertos reparos acerca del acierto en repetir rumores con el fin de desvirtuarlos, se abstuvo de intervenir en la conducción de las clínicas de rumores dirigidas por periódicos populares. En la filosofía de la OWI, se sostenía que un rumor se anula con los hechos mejor que individualizándolo para desacreditarlo, con lo cual se evita que gane publicidad en el procedimiento. La norma de las clínicas de rumores apuntaba en la dirección opuesta: la gente no alcanzará a ver la importancia de los hechos a menos que se la señalen. Cítese el rumor específicamente y macháquese hasta aniquilarlo; era la política seguida. Ambas pecaban, acaso, al depositar demasiada fe en los hechos y la lógica. La información y el argumento rara vez son suficientes para desbaratar rumores alimentados por aprensiones y odios. Cuando un antisemita lanza la acusación de que los judíos están eludiendo sus obligaciones militares y en seguida se le demuestra con cifras irrefutables en la mano que los judíos están representados en las fuerzas armadas en no menor proporción que el resto de la población, ¿qué tratará de hacer? Desviará el rumor (no su objeto hostil, desde luego), y dirá: "Sí, pero se acaparan los mejores puestos en el ejército". Y puesto que resultará imposible determinar quiénes tienen los puestos "cómodos" y quiénes los "ingratos", ya no será posible la refutación, aun cuando fuera ella eficacísima. Es indispensable algo más que informaciones exactas y estricta lógica para tapar la boca de un difusor de rumores mal intencionado. Pero en una democracia (a diferencia de un estado totalitario) todas las agencias, oficiales o privadas, tienen el deber de apelar, prodigándose con todas sus fuerzas, a la capacidad de entendimiento y raciocinio de todos los ciudadanos.

En forma amplísima e intensa, las agencias de informaciones del gobierno emprendieron la campaña contra el rumor recurriendo al ataque indirecto. Se publicaron los hechos salientes del problema; se apeló al sentimiento de unidad nacional, en carteles, volantes y otras publicaciones. Investigaciones secretas conducidas por el servicio de inteligencia del ejército y la marina de guerra siguieron las pistas de rumores de índole especialmente ponzoñosa.



El mayor esfuerzo de la OWI en la lucha contra el rumor fue volcado en un aspecto característico del problema, a saber, "exactitud en las informaciones". Se logró la colaboración de los diarios y la radiofonía. Se inventaron elocuentes *slogans*. La gente comenzó a cuidarse de hablar por hablar, y muchos observadores no pudieron menos que expresar su sorpresa al ver cómo un pueblo podía llegar, sin presiones de ninguna especie, a guardar secretos de guerra. Y la capacidad de lograr el éxito en este campo fue motivo de orgullo nacional, según lo demuestra la siguiente relación del *Globo*, de Boston, en su edición del 9 de agosto de 1945.

### CÓMO SE MANTUVO SECRETO EL MAYOR SECRETO DE LA GUERRA

Byron Price, director de la censura, afirma que la larga labor que llevó a la fabricación de la bomba atómica fue el secreto de guerra mejor guardado.

Rinde tributo, por el éxito en no descorrer el velo que cubría este secreto, a diarios, estaciones de radio, revistas y casas editoras, y agrega: "La reserva en que se mantuvo el hecho por periódicos y emisoras radiales ha de ser elocuente desmentida para quienes no creen en la censura voluntaria".

En efecto, estas instituciones aceptaron al comienzo de la guerra, voluntariamente, un código de censura, cuya sustancia era no publicar ni divulgar nada que pudiese afectar al esfuerzo bélico.

Bajo la dirección de Price, toda la censura, a lo largo del transcurso de la guerra, funcionó sobre esa base voluntaria.

Alrededor de 20.000 fuentes noticiosas —11.000 semanarios, 2.000 diarios y miles de estaciones radiales, revistas, órganos religiosos, publicaciones gremiales, editores— recibieron el siguiente pedido:

No publicar ni difundir por radio nada que tuviese relación con "experimentos con armas de guerra secretas o . . . nuevas".

Y nadie traicionó la directiva. Nadie mencionó ni aludió a los diversos experimentos, como el radar y, en particular modo, a los trabajos atómicos, aunque no era mucha la gente que a la sazón tenía conocimiento de ellos.

Más tarde se decidió levantar grandes fábricas —dos en Tennessee y una en el estado de Washington— para llevar a cabo la labor que los hombres de ciencia estaban concibiendo.

Ello significó reclutar 125.000 trabajadores, un sinnúmero de contratistas y subcontratistas en todo el país, y conseguir la cooperación de algunas universidades.

Así, pues, en junio de 1943, salió de la oficina de Price una nota confidencial dirigida a las 20.000 entidades informativas.

La nota decía textualmente:

"Le encareceremos abstenerse de difundir por radiofonía o en forma impresa información alguna relacionada con el bombardeo del átomo, con la energía atómica, con la fisión nuclear y sus términos equivalentes;

"el empleo, para fines bélicos, del radium o materiales radiactivos, agua pesada, descarga y equipos de altos voltajes y ciclotrones;

"de los siguientes elementos o cualesquiera de sus compuestos; polonio, uranio, yterbio, hafnio, protoactinio, radio, renio, torio, deuterio".

Al rodear el uranio —alma de los experimentos atómicos— de los nombres de otros elementos, se evitaba toda atención directa hacia él.

Alrededor de 250 diarios y estaciones radiales —en la zona lindera a las plantas experimentales de Tennessee y Washington y alrededor del campo de pruebas de Nueva Méjico— recibieron instancias especiales desde la oficina dirigida por Price de que se abstuvieran de entrar en conjeturas acerca del trabajo que se estaba realizando en esos lugares.

De este modo, en todo el país —mientras miles de personas se preguntaban qué estaría ocurriendo y otras, acaso, vislumbraban la realidad— el secreto no fue revelado.

Aun cuando la campaña tendiente a proporcionar al público noticias exactas dio indiscutidos resultados, se echó de ver que no era tan fácil hallar las maneras más efectivas de acallar los tipos de rumor más indefinibles e insidiosos, de carácter sutilmente divisionista y enervante.

El arma más poderosa que conocimos fue la "clínica de rumores". Corresponde al señor W. G. Gavin, del *Herald-Traveler*, de Boston, el mérito de la fundación de esta arma periodística de la defensa. Gavin, entre marzo de 1942 y diciembre de 1943, editó un boletín semanal con la colaboración de psicólogos locales y otros ciudadanos de bien cimentada conciencia cívica. La idea prendió rápidamente y fue imitada por más de 40 diarios y revistas de los Estados Unidos y Canadá. Con frecuencia, los rumores desmentidos eran de fácil análisis, y las respuestas, breves. De tanto en tanto, empero, era el propio psicólogo quien redactaba la columna, en un intento de vulgarización de fragmentos del conocimiento profesional necesario para una comprensión adecuada de los rumores más complejos e insidiosos. El ejemplo siguiente ha sido condensado del *Post Standard*, de Siracusa.



## LA CLÍNICA DEL RUMOR

### *CABALLEROSIDAD CON LAS "WACS"* [6]

*La clínica de la fecha está a cargo del Profesor de Psicología Política de la Universidad de Siracusa*

Muy pocos temas de chismografía subversiva han traído más desaliento a vuestra CLÍNICA DE RUMORES que las hablillas que se hacen circular en los momentos actuales acerca de las WACS. He aquí algunos ejemplos:

RUMOR: "Arriba de 500 WACS han sido dadas de baja a causa de su estado de preñez ilegítima". RUMOR: "500 WACS preñadas acaban de volver del Norte de África". RUMOR: "El general Eisenhower dice que las WACS son una pesadilla para él y no le sirven para nada". Desde luego que no se hallaría el menor asomo de evidencia capaz de confirmar chismes de tal laya.

El rumor relativo a las WACS en África del Norte es falso, en primer lugar, porque es una imposibilidad matemática. El número total de WACS destacadas en este teatro de operaciones es considerablemente menor de 500. (El número exacto es un secreto militar.) En cuanto a lo que el general Eisenhower ha dicho realmente, nos consta que estima mucho la organización de las WACS y quisiera disponer de mayor número de ellas en el Norte de África.

La próxima vez que os quieran pasar rumores de esta naturaleza, preguntad al relator cuántos casos concretos le constan de faltas cometidas por las WACS. Luego, cuántas WACS conoce él personalmente. Os convenceréis entonces, como resultado de vuestras preguntas, de que estos rumores, que echan lodo sobre toda una organización del servicio de defensa nacional, son tan sólo otro caso de imaginación enfermiza o del prurito de sacar conclusiones de hechos inexistentes.

Los rumores de inmoralidad generalizada entre las WACS son absurdos *prima facie*, y son refutados tanto por los hechos como por su falta de lógica. Circunstancia extraña, sin embargo, circulan ellos libremente a lo largo y a lo ancho del país, volviéndose cada vez más maliciosos y pérfidos.

Algo ha de andar mal en las leyes de la hidalguía entre nosotros, los norteamericanos, sin hablar de nuestro nivel de inteligencia.

[6] *Wacs* —(Women Auxiliary Corps)— Cuerpos Auxiliares Femeninos.

### *Los hechos no bastan*

Estos rumores sobre las WACS, a diferencia de muchos otros, no se detienen mediante la juiciosa presentación de los hechos. El mal acusa raíces más hondas; llega hasta nuestros sentimientos más íntimos, y surge de cosas que los más de nosotros llevamos dentro sin saberlo. La evidencia objetiva no nos curará; debemos mirarnos introspectivamente.

Somos criaturas muy complejas. Muchas veces nos sentimos atormentados en nuestros estados de ánimo sin conocer las causas. Aunque adultos, en ciertos aspectos seguimos siendo unos *bebés*, sintiéndonos aterrados, frustrados, afligidos e inquietos, pero sin acertar el porqué.

Hay una razón especialísima, empero, que explica por qué los adultos no siempre vemos claro en nuestra vida interior. La "sociedad" es exigente. Y nosotros queremos colocarnos altos en la estimación del prójimo y de nosotros mismos. Muchos sentimientos perfectamente naturales nos mueven, pero nos avergonzamos de reconocerlos hasta frente a nosotros mismos.

Esta actitud (denominada "represión") nos inclina a imaginar, o exagerar, la presencia de estas mismas tendencias en nuestros semejantes. Pensamos que el mal está en algún otro, no en nosotros. No queremos admitir, por ejemplo, que tenemos miedo; y hay veces que acometemos con violencia y acusamos descaradamente para disfrazar esta falla nuestra. Baste para confirmarlo observar las crueldades cometidas y "justificadas" por dirigentes tiránicos cuando se ven forzados a adoptar una posición defensiva.

No nos gusta confesar nuestra estrechez de criterio, nuestros prejuicios y nuestro egoísmo. Si, por lo tanto, logramos culpar a algún otro grupo, hacia el cual alimentamos un sentimiento de hostilidad, por pretendidos actos de egoísmo, desviaremos de tal guisa la atención de nuestros propios prejuicios hacia dicho grupo, pasando por alto, a la vez, el egoísmo latente en nosotros.

No queremos reconocer que tenemos defectos y condiciones de inferioridad. Así, pudiendo señalar en otros nuestras propias imperfecciones, ello nos ayudará a mantener la estimación de nosotros mismos. Muchos de nosotros sentimos vergüenza o miedo de nuestros propios impulsos; y ello, puede llevarnos a acusar de irregularidad a otros.

### *La causa real*

En lugar de admitir estas naturales cualidades humanas en nuestras personas, intentamos encerrarlas en compartimientos estancos de nuestras mentes. Luego pretendemos negar su existencia. Mantenemos el "salón" frontero de nuestra mente abierto para su uso consciente; pero nos inhibimos de entrar en el "cuarto" secreto. Recibimos a nuestros visitantes respetables por las escaleras principales; y las escaleras del fondo las tenemos reservadas para entrar a ese cuarto prohibido.

Es aquí donde hallamos la verdadera explicación de muchos de los falsos rumores dictados por el odio y el prejuicio, los rumores "anti" que hincan cuñas entre nosotros y nuestros ciudadanos. No es la verdad de los hechos externos la que nos impele a alimentar desconfianza y enlodar a ciertos grupos de conciudadanos, sino los sentimientos o pasiones que medran en aquellos antros ocultos de nuestra mente. Por las escaleras traseras suben rumores de faltas e inmoralidades ajenas. Ellos influyen en nuestros temores y aprensiones y en las inseguridades que sentimos a causa de nosotros mismos. Mas no nos atrevemos a dar paso a estos fantasmas al salón frontero.

Sin siquiera advertirlo, nos rehusamos a creernos poseedores de cualquiera de estas debilidades; creemos, en cambio, lo que los traficantes de rumores dicen acerca de otros.

Nosotros "proyectamos" en alguna víctima relativamente inocente las cosas que quisiéramos ahuyentar de nosotros mismos. Y, para sentirnos aún más seguros nos sumamos a los murmuradores y gritamos contra la víctima. Pasamos el rumor a otros; a veces lo embellecemos.

Hay aquí algo aún más extraño, pero igualmente cierto. Si nos inquieta algún deseo que reputamos malo o peligroso para nosotros, y por lo tanto no nos atrevemos a sacarlo de nuestro antro secreto, no nos resolvemos a matarlo, no; lo excluimos del salón; mas ello no significa que no le vayamos a hacer el gusto. Por el contrario, todo granito de chisme "jugoso" que oímos ayuda a "alimentarlo".

### *Los responsables: nuestros impulsos*

En suma nos es dado satisfacer gustos nuestros prohibidos, imaginativamente al menos, siempre que los mantengamos apartados del salón de recibir. En efecto, encerrándolos en el cuarto reservado, se nos ofrece una mejor oportunidad para gozarlos. Lo dicho es cierto siempre que no tengamos clara conciencia del impulso que de tal modo nos mueve. Si de pronto advirtiéramos el truco, de seguro que nos asustaríamos. Entonces, acaso nos demos en buscar alguna víctima expiatoria, para "proyectar" en ella; sentir una "sagrada" indignación contra alguien.

Podremos entonces decir que los británicos, los rusos, los judíos u otros grupos sociales están aprovechándose de la situación y llevan la parte menos pesada de la guerra. ¡Nuestros sentimientos son intachables, nuestro pa-

trimonio es notable! Podremos decir: "¡Ah esas horribles, inmorales WACS! ¡Qué diferentes son ellas de la gente decente y respetuosa como nosotros!" Pero si tenemos recluida nuestra vida sexual en aquel antro oscuro, hay diez probabilidades contra una de que gocemos en secreto, contemplando la "reprochable conducta" de las WACS, creyendo y hablando de ello.

### *Necesidad de comprensión*

Los rumores calumniosos, que dividen a los ciudadanos de un país disponiéndolos en grupos antagónicos, no son creados por meros accidentes, ni por las palabras falsas e irresponsables; ni siquiera por los agentes enemigos: son parte de lo que está dentro de quienes los escuchan. Una vez que hayamos aprendido a conocernos a nosotros mismos, ya no prestaremos atención a los chismes que nos suben por las escaleras secretas, ni nos espantarán. No los pasaremos a otros como algo picante o dramático, según los casos; puesto que sabremos que salen de dentro de quienes nos los relatan, comenzaremos por no creerlos.

Todo ciudadano, conociéndose a sí mismo, puede desempeñar su parte en la tarea de acallar los rumores sembradores de cizaña. Cada uno de nosotros está en la obligación de ayudar a mantener alto el honor y la dignidad de los cuerpos femeninos del ejército, e impedir que estas leales mujeres entren en los antros secretos de nuestra mente.

El segundo ejemplo está tomado del *Sunday Herald*, de Boston, edición del 16 de julio de 1943.

### CLÍNICA DE RUMORES

Vamos a considerar hoy un rumor compuesto. Alguno de sus componentes ya lo habrán escuchado.

RUMOR: *Algún grupo minoritario (negro), (judío), (católico), (u otro), no es leal al país, y está (planeando una conspiración), (asumir el control del gobierno), (eludir el servicio militar).*

*Hecho*: Jamás ha llegado a probarse el menor indicio de verdad en cualquiera de estas calumnias contra los mencionados grupos étnicos o religiosos. Se trata de rumores creados por el fanatismo y la traición.

*Análisis*: Aunque totalmente infundadas, estas hablillas desmoralizadoras son tan comunes que ha de haber alguna aberración mental que dé cuenta de su divulgación. Hemos preguntado a un psicólogo por qué, justamente ahora, cuando los ciudadanos están más necesitados que nunca de



unir sus esfuerzos, muchos se afanan en esparcir rumores embebidos de odio contra sus vecinos. El presidente del departamento de psicología de la Universidad de Harvard responde a algunas de nuestras preguntas. Sus respuestas revelan la amarga situación que nos hace víctimas de las campañas de calumnias raciales y religiosas.

P. — ¿Los rumores de tendencias raciales son realmente peligrosos?

R. — Entre todos los rumores que circulan actualmente, los raciales son los *más peligrosos*. Un sembrador de rumores raciales puede hacer más daño que un saboteador que vuele una fábrica. Los calumniadores de Detroit, por ejemplo, no solamente restaron innumerables horas a las industrias de guerra, sino que provocaron desórdenes cuyos protagonistas se portaron como feroces nazis. Lo más grave de todo es que agriaron la vida de una décima parte de la población, disminuyendo su fe en la democracia de América y el "fair-play". Si estos incidentes se multiplican, podrían llevarnos a perder la guerra (y lo mereceríamos). La única esperanza enemiga es ahora la desunión social de los Estados Unidos.

P. — ¿Por qué cierta gente alimenta odios raciales y se entrega a la murmuración calumniosa?

R. — La respuesta es harto difícil. La razón básica acaso esté en que el murmurador racial se siente inseguro en su trabajo o privado de las cosas buenas de la vida. Entonces nace en él un encono hondamente arraigado. Lo raro es que él mismo no sabe explicarse contra quién va su encono, ni a quién ha de inculpar. Luego, elige algún circunstante más o menos ingenuo y se "deja llevar". A veces es la esposa el objeto, o los chicos, o el gato. Los que alimentan odios raciales son individuos que eligen algún grupo humano de aspecto singular que, a causa de su color o religión, les da en el ojo. Descargan su animosidad en estos inocentes mortales cuya desgracia es ofrecer una "alta visibilidad". Por ejemplo, podemos afirmar que los negros son rara vez, o ninguna, causantes del odio enemigo; la verdadera causa reside en los vínculos económicos, familiares o personales del aborrecedor mismo.

P. — ¿Cómo se explica que los rumores raciales proliferen en tiempo de guerra?

R. — La razón principal es que entonces vivimos en una atmósfera de más confusión y estamos con los nervios irritados. En lugar de dar la culpa de nuestro malhumor a quienes deberíamos darla —al enemigo— elegimos una víctima más próxima, a quien vemos a diario. Como las cosas se nos presentan extrañas e inciertas, nuestra mentalidad "tabloid" nos sugiere que ese "grupo desconocido y sospechoso" que vive al otro lado del camino ha de tener la culpa.

P. — ¿De manera, entonces, que la persona que difunde rumores raciales siente, consciente o inconscientemente, un estado de incertidumbre o culpabilidad?

R. — De ningún modo. Los cabecillas han de sentirse así, desde luego, y algunos de ellos son paranoicos incurables. Mas el resto puede ser un rebaño que los sigue. El rebaño quiere quedar bien y consigue un sentido pervertido de seguridad al unirse a los perseguidores. Su "yo" se hincha de orgullo cuando se saben aliados con el grupo "más blanco", "más cristiano", con el "grupo mejor" en fin, olvidando que al pensar así pecan de presumidos por estimarse en más que sus semejantes, y de cobardes por atacar a un grupo menor y relativamente indefenso.

P. — ¿En qué forma, a su juicio, podría reprimirse la tendencia a "echar las cabras" a otros?

R. — De diversas maneras. En primer lugar, habría que enseñar, tanto a los adultos como a los niños, la verdad acerca de las diferencias raciales (que son escasas y sin importancia fundamental), y hacerles comprender la sencilla cuanto perniciosa psicología de inventar víctimas expiatorias echando la culpa a quien no la tiene. Luego, deberíamos tratar de enterarnos nosotros mismos de los rasgos buenos de nuestros vecinos del otro lado del camino. La lista de bajas es elocuente respuesta a la pregunta: ¿Cuáles son los ciudadanos leales a la patria? Para una cura radical, empero, deberemos poner a disposición de todos los ciudadanos facilidades tendientes al logro de mejores condiciones económicas y educativas, de manera que ningún grupo social esté tentado de culpar a otros de sus propias frustraciones. Finalmente, deberíamos pedir leyes protectoras de los derechos de las minorías y leyes contra la difamación racial, como así mejor vigilancia policial para que estas leyes sean respetadas. Especialmente en estos días tan difíciles, la policía debe mantenerse alerta, fiable e imparcial en el tratamiento del extraño mosaico que forman nuestras poblaciones.

Las revistas de amplia circulación concedieron mayor espacio a la publicidad destinada a ilustrar los fines de las clínicas de rumores y, mediante artículos de actualidad, ayudaron a formar en el público una "conciencia del rumor". Las clínicas de rumores necesitaban mantener activas las corrientes de afluencia de rumores. Numerosas clínicas invitaban a sus lectores a dedicarse al "reportaje de rumores", y lectores animados de espíritu de colaboración llegaron a ser sus mejores fuentes de informaciones. En algunos centros, se estableció una *División de análisis de la propaganda*, o cosa parecida, dirigida por el comité local o estatal de seguridad pública. En algunas localidades se pidió a los mismos oficiales de la defensa aérea civil y a otros ciudadanos que actuaran de "guardianes de rumores", con el compromiso de entregar



mensualmente la cosecha de chismes oídos en su zona. Tenderos, conductores de taxis y peluqueros resultaron ser buenos coleccionistas y fértiles informantes.

No obstante, no dejaron de aparecer serios inconvenientes con ciudadanos poco preparados como guardianes o informantes de rumores. En primer lugar, mucha gente siente una aversión innata por la chismografía. Aun cuando esta muy recomendable aversión no parecía afectar al informante cuando no se le exigía denunciar el nombre del chismoso, no hay duda que no siempre sabe librarse uno de cierta culpabilidad de correveidile, y muchos encontraban desagradable el cargo. Circunstancia más seria aún fue el descubrimiento de que muy pocos inexpertos son capaces de reconocer, anotar y transmitir una voz corriente. Sobre todo, si creen "verdadero" lo que escuchan o se resisten a clasificarlo como rumor. Por otra parte, un hecho real bien documentado puede quedar clasificado como rumor o propaganda enemiga cuando el mismo no es del gusto del que lo escucha. Finalmente, es menester un considerable espíritu de iniciativa y un carácter disciplinado para dedicarse tesoneramente a la "defensa contra los rumores" después de pasada la primera oleada de novedad. A pesar de las dificultades apuntadas, muchos de los participantes en la campaña no sólo se sintieron satisfechos de su contribución al sostenimiento de la moral civil, sino que aprendieron ellos mismos a rehuir las habladurías.

En la práctica de las clínicas de rumores, los psicólogos lograron descubrir sus fallas. La sección correspondiente en alguno de los diarios, mal dirigida, podía causar más daño que provecho. Se hizo así necesario establecer normas para iniciar y conducir una clínica de este tipo. En el Apéndice se hallarán reproducidas las normas observadas que fueron difundidas ampliamente por el *Herald-Traveler*, por conducto de su clínica del rumor y en colaboración con el comité para el análisis de la propaganda, dependiente del comité de seguridad pública de Massachusetts.

Suelen formularse cuatro preguntas concernientes al trabajo realizado por las clínicas. 1) ¿No corrían el riesgo de dar mayor difusión a los infundios? 2) ¿Contrarrestaron realmente la circulación de rumores? 3) ¿Por qué las clínicas disminuyeron rápidamente después de 1943? 4) ¿Consta que los cuentos circulantes partían de agentes enemigos?

1. Al desvirtuar un embuste, ¿las clínicas no daban alas al mismo extendiendo su campo de acción? En cuanto a la campaña impresa, parece difícil que el vívido cuadro de negación, de ridículo y bochorno en que se colocaba el rumor pudiera pasar inadvertido por el lector. Los artículos eran leídos por el sector más racional de la población, cuyos móviles eran hondamente patrióticos, y poseyendo en potencia un sentido crítico de la propaganda, sólo les era menester un estímulo para ponerlo en práctica. Los artículos eran educativos, tanto en la forma como en su finalidad. Al reproducirse un rumor se lo tejía en un contexto de refutación, haciéndolo preceder del inequívoco marbete de "una patraña", "señuelo para incautos", "cebo para derrotistas". Nunca faltaba un análisis objetivo del rumor o una refutación fundada que saltara a los ojos. En suma, cuando se observan normas adecuadas en el tratamiento del rumor, difícilmente podría ser creído, a menos que haya mala fe en el lector. Las precauciones por seguir, según se señala en el Apéndice, recomiendan, aparte de un lenguaje inequívocamente vívido de negación y repudio, especial atención a la tipografía y al estilo. Será bueno, por ejemplo, no imprimir el cuento en negrita, y más importante aún será destruir el ritmo y la cualidad de estribillo, cuando los haya, en algunas de las cantinelas más pegadizas.

Es diferente la situación de las clínicas de rumores radiofónicas. Una circunstancia peligrosa es la costumbre de cierto público de girar continuamente el dial. Un radioescucha podría sintonizar una vez iniciado el programa y pasar a otra estación antes de oir la refutación del cuento. En el caso de los Estados Unidos, aun cuando había muchas firmas dispuestas a patrocinar estas clínicas radiales de rumores, las autoridades en general, psicólogos y funcionarios de la OWI se opusieron a la iniciativa.

Un experimento realizado por la OWI demostró que no era errónea esta actitud negativa. Fueron difundidos programas, del tipo que nos ocupa, privadamente a audiencias típicas de hombres y mujeres. El análisis de sus reacciones reveló ciertas tendencias desalentadoras. Por una parte, los escuchas no demostraron poder recordar claramente la refutación difundida por radio. Aun tratándose de rumores que habían rechazado por inverosímiles desde el primer instante, lograban recordar apenas uno cada tres desmentidos. De los rumores difundidos en este experimento, 70 % habían sido oídos previamente por los oyentes, o los habían



descartado ya por considerarlos infundados. Del remanente 30 % (ya oídos y creídos), 14 % eran tenidos por ciertos o posiblemente ciertos aun después de haber sido desautorizados por la radio. (Es digno de notar, empero, que la mitad de los rumores que ya habían prendido en el público fueron extirpados.)

En términos generales, los experimentadores llegaron a formarse un juicio adverso a las campañas radiales contra los rumores. Eran muchos más los rumores echados a rodar, según ellos, que los resueltamente extirpados. Mas no podría afirmarse, sin una debida prosecución de los experimentos, que la misma conclusión vale para las campañas *impresas*. Por de pronto, sabemos que cualquier tema difícil y muy controvertido se comprende mejor si se lo presenta a los ojos que al oído.

Lo dicho no significa que la radio está vedada como colaboradora en la campaña contra la difusión de rumores. Lejos de ello: los programas donde el tema se presenta en forma generalizada, y no con casos concretos, pueden resultar entretenidos a la vez que instructivos. El "sketch" radial "Cómo se Difundió el Infundio", fue interpretado con pleno éxito y muchas variantes del mismo tema se emplearon para llevar su moraleja al ánimo del público radioescucha. Unicamente el rumor específico, el circulante en el momento, es de efectos dañinos y debe ser excluido de las transmisiones radiales.

2. ¿Redujeron realmente la circulación de rumores dichas clínicas? Sus patrocinantes se inclinan a creerlo así, pero es difícil presentar pruebas concluyentes. La labor de estimar el calor de *cualquier* campaña doctrinaria o educativa es intrincada y desconcertante. ¿Resulta alguna ventaja del estudio del latín? ¿Las obras de ayuda social rinden algún beneficio? ¿La propaganda nazi tuvo algún efecto en el país? ¿Las clínicas de rumores ayudaron a combatirlos? Es arriesgado responder a tales preguntas concluyentemente.

Hay dos solas piedras de toque a mano, ambas favorables a las clínicas. En las ciudades donde más se leían las secciones pertinentes, el público adquirió una conciencia discriminatoria frente al rumor. En las conversaciones se mencionaba a veces el asunto favorablemente. Al oir un cuento, no era extraño que el oyente dijera: "¡Oh!, muy bueno. Lo enviaré a la clínica de rumores". Innumerables episodios de esta naturaleza señalan que un pro-

ducto cuando menos accesorio de los esfuerzos de las clínicas fue cierta inmunidad adquirida por el público.

Se llevó a cabo un solo experimento destinado a probar la inmunidad adquirida por los lectores de las clínicas. En la ciudad de Siracusa se llevó a cabo una encuesta entre un sector representativo de la población respecto de si creía ciertas habladurías que circulaban a la sazón sobre despilfarros y privilegios especiales supuestamente características de los funcionarios locales de la OPA. El resultado fue que los lectores habituales de la clínica conducida por el diario *Post-Standard* creían en aquellos rumores en una proporción del 6,5 % menos que los no lectores. El porcentaje arrojado por los lectores habituales combinados con los ocasionales era de sólo 4,4. Aun cuando las diferencias no son muy generosas (podrían estar afectadas por el grado de educación de los censados), adquieren significación si se considera que tan sólo el 21,27 % de la población dio crédito a los rumores *prima facie*. De ahí que la diferencia real *en credulidad* entre los lectores sea del 25 % en comparación con los no lectores del diario mencionado.

Dando por sentado que las clínicas produjeron cierto grado de inmunidad, ¿habrán ido demasiado lejos hacia la creación de un espíritu de suspicacia hacia *toda* noticia? Recordamos que algo de esto debió ocurrir después de la Primera Guerra Mundial. El público se volvió tan renuente a todo tipo de propaganda, que creía ver propagandistas detrás de cada mata y hasta bajo la cama. Y esta repugnancia se extendió a la segunda guerra, y con tal intensidad que hasta los informes mejor documentados sobre atrocidades nazis en los campos de concentración eran desdeñados como inventos de la propaganda. Carecemos de pruebas acerca de si las clínicas de rumores tuvieron efectos parecidos. La técnica fundamental de las clínicas era desplazar el rumor por la noticia, desbaratar los infundios mediante la revelación de hechos que los negaran. Al público se le ayudaba a tener siempre presente esta discriminación. Aun cuando, en algunos casos, pudo crearse una ligera hipertrofia en esta lucha contra el rumor, el escepticismo era tal vez el menor de dos males, si se lo compara con los efectos perjudiciales de la excesiva credulidad.

3. ¿Por qué las clínicas disminuyeron rápidamente en número después de 1943? Cada una se sostenía independientemente de las de otros diarios, según las necesidades locales y el tipo de diario



que le daba vida. En algunos casos, los editores las hallaron demasiado complejas y absorbentes; en otros, flaqueó el interés o fueron muriendo al declinar el número de informantes de rumores. Los demás estuvieron contestes en afirmar que la cosecha de rumores raleó después de 1943. A medida que fue disminuyendo el peligro de la derrota, amainó el estado de nerviosidad, y, con una mayor ocupación en el esfuerzo bélico la gente se volvió menos susceptible al rumor. Es sabido que solamente en tiempos de crisis y confusión medra la *ambigüedad*. Tras el éxito creciente del esfuerzo bélico, se desvaneció el clima de confusión, y con él bajó el flujo de rumores.

4. ¿Consta que los cuentos en circulación partían de agentes enemigos? Es siempre difícil, y por lo común imposible, retraer el rumor a su fuente. Los propios "sabuesos" voluntarios civiles se enredan en toda suerte de dificultades, pues al intentar rehacer el itinerario de una voz tropiezan a cada paso con personas suspicaces y renuentes. El Departamento Federal de Investigaciones logró rastrear algunas veces un cuento hasta su punto de partida, pero allí se encontró con que el mismo había sido lanzado bajo una forma por demás inocente, o conforme a verdad y totalmente inofensivo, comparado con las alteraciones y agregados recogidos por el camino.

Debe tenerse por inverosímil la existencia de una "fábrica de rumores" del enemigo en los Estados Unidos. Sin embargo, la "conducción de los programas" de cada onda corta del Eje se correspondía sospechosamente con la naturaleza de los rumores en circulación. Siniestras alusiones acerca del estado de salud mental del presidente Roosevelt circulaban por el país al tiempo que Goebbels mandaba irradiar comunicados al mismo efecto. No ha sido puesto en claro si los infundios tenían su origen en Berlín y eran recogidos y difundidos en el país por simpatizantes del Eje, o si Berlín tenía noticia de los principales motivos de queja y desconfianza aquí y los explotaba. Queda en pie, pues, el hecho de que los rumores durante la última guerra parecían reflejar a menudo la línea seguida por la propaganda enemiga.

Reagan vs Nicaragua = amenaza desestabilizadora. rumor de guerra

## OFENSIVA DE RUMORES

En las guerras modernas, la defensa contra el rumor en el frente interno tiene su contraparte en la ofensiva de rumores dirigida contra el enemigo. La guerra psicológica conducida por los nazis fincaba principalmente en la estrategia de *divide et impera* y la estrategia del *terror*. El rumor era en ambos casos el arma táctica por excelencia. En su obra *Estrategia del Terror*, Edmund Taylor (1940) explica cómo, preparándose para la *blitzkrieg*, los alemanes infectaron a los países elegidos con rumores derrotistas y terroríficos. Utilizando la radio como vehículo, los rumores se sucedían incesantemente en Polonia, Francia y los Países Bajos. Los falsos comunicados hablaban de una invasión inminente y, a la vez, de negociaciones de paz a punto de iniciarse. El objetivo era lograr un estado de confusión —confusión y desmoralización—. Echaban sombras sobre los gobiernos de los aliados y su capacidad de ayudar a los países en peligro. Al propio tiempo echaban a rodar historias de aplastantes victorias de polacos y franceses, con la finalidad de provocar falsos entusiasmos y estados de esperanza y optimismo, que pronto llevarían al desaliento y al terror. En los días triunfales de los nazis, la propaganda radial estaba altamente estratificada, esto es, variaba según el país al cual estaba dirigida y de acuerdo con el grupo social cuya opinión y moral tratábase de afectar. Aun cuando el designio de esta propaganda no era el exclusivo de sembrar rumores, sufrió en gran parte este efecto, pues el rumor en tiempo de guerra surge de mentiras de la propaganda de segunda, tercera y cuarta mano. Los temas que las radioemisoras lanzaban estaban concebidos generalmente en términos vigorosos y breves, fáciles de repetir y calculados para circular velozmente en la atmósfera caótica de la invasión inminente. El miedo, la confusión, las intenciones contradictorias y la retirada en desorden fueron resultados inevitables.

Comparada con la estrategia del terror, la que tiene por divisa el *divide et impera* de los romanos ha menester de mayor dosis de insidia, de preparativos más largos y de la repetición incesante. Los rumores echados a rodar tienen la misión de azuzar animosidades dentro del país enemigo con el fin de apresurar su caída. Hubo un momento en que Hitler se jactaba de que la derrota de EE. UU. podía encararse como "operación interna". Mas debió convencerse de que los rumores divisionistas no bastaban.



La guerra psicológica llevada por los Estados Unidos se basaba en mucha menor proporción en la siembra de rumores. Esta táctica fue adoptada más tarde, y le tocó desempeñar una parte muy pequeña en la estrategia total de lo que llegó a llamarse "propaganda negra". El empleo por los norteamericanos de esta estrategia de "golpes bajos", fue a su vez escaso, comparado con la confianza depositada en el llamado directo y abierto, recurso fortalecido sobre todo por la lógica de noticias auténticas y hechos ineluctables.

## LOS RUMORES EN LAS FUERZAS ARMADAS

No hay veterano que no recuerde las corrientes de rumores que lo acosaron desde todos los ángulos a partir del día de su enrolamiento hasta el de su licenciamiento. En tanto los civiles eran asperjados con "sueños rosados", con fantasmas y cizaña, los uniformados veíanse envueltos en ellos con impetuosidad de marejada. La razón es sencilla. La corriente de acontecimientos que los arrastraba era de gran significación para ellos, pero no tenían a la vista el curso de esa corriente. La importancia de las ideas y la ambigüedad de los hechos habían llegado a un punto culminante.

Sobre todo en campos de operaciones remotos, privados de las fuentes de noticias normales, el rumor era el único venero de "informaciones". En un barco, los oficiales del puente de mando acaso estuvieran "al tanto", pero el marinero quedaba a la merced de los chismes corrientes. Las tropas que aguardaban el momento de partir (¿hacia dónde?) substituían el punto de destino con el fruto de la imaginación hipersensible. Aviadores ansiosos a la espera de órdenes, daban libre curso a sus temores, bajo forma de "datos" acerca de los peligrosos blancos que esperaban sus acciones, de rumores relativos a la insuficiencia del equipo o a la amenaza de nuevas armas de defensa antiaérea en poder del enemigo.

Muchos altos oficiales de las fuerzas armadas tomaron muy en serio la amenaza que todo ello constituía para la moral de la tropa. Algunos pusieron en práctica, con reconocido acierto, una profilaxis del rumor mediante conferencias, demostraciones (como las descriptas en el capítulo 4 de esta obra) y la publicación de noticias fidedignas. Se encargó a comités formados *ad hoc* en al-

gunos campamentos, y hasta a bordo de barcos, la defensa contra los rumores. Se fijaba en lugares visibles la cosecha mañanera de chismes y murmuraciones en circulación; ya a la luz del pleno día parecían aquellos un tanto ridículos. En algunas unidades se formaron clínicas del tipo ya descrito, las cuales, cuando eran conducidas juiciosamente, constituían una nota de buen tono en medio de la rutina diaria.

En un campo de prisioneros en Alemania, por ejemplo, una de estas clínicas de rumores formaba parte del programa normal de entretenimientos y demostró ser un valiosísimo estímulo para la moral de los soldados.[7] Los prisioneros de este campamento eran tenidos muy al corriente de los acontecimientos, y no se permitía que se formasen ilusiones prematuras acerca de una liberación inminente.

[7] Stalag IXb, en Wegscheid, cerca de Bad Orb, Alemania. La organización y dirección de los entretenimientos en el campo estaba a cargo de Bryan Patterson.



CAPÍTULO III

# TESTIMONIO Y EVOCACIÓN

EL RUMOR es, por definición, un fenómeno social. Se precisan cuando menos dos personas para crear un rumor. Sin embargo, en cualquier momento dado, su vehículo es un solo individuo. Lo que cruza por la mente de ese individuo es el *quid* de todo el asunto. Indudablemente, una cadena es más que la suma de sus eslabones; empero, son sus eslabones individualmente considerados la materia y sustancia de la cadena. De ahí que no podamos nosotros pretender comprender un rumor totalmente sin un minucioso análisis de las elaboraciones típicas que tienen lugar en la mente de los individuos constituidos sucesivamente en eslabones de la cadena del rumor.

## EL TESTIMONIO

Aun cuando hasta la última guerra los psicólogos pusieron poca atención en las reproducciones "seriadas" (multi-individuales) del rumor, últimamente se han interesado en el estudio del esquema básico "percepción-retención-narración", según acontece en el individuo. Hacía unos cincuenta años que habían emprendido seriamente el estudio del testimonio, o *Aussage*, según lo denominaron los primeros investigadores germanos.

El testimonio, el estudio del "observador como informante", era un campo en el cual convergían muchos y variados intereses psicológicos, pues, al decir de Whipple, "el informe surge de los procesos de percepción y en ellos queda imbricada toda la psicología de la sensación, atención y apercepción; gira sobre la retención y el recuerdo (evocación), y he ahí implícita toda la psicología de la memoria; deriva en manifestaciones verbales, y he ahí implícita la psicología del lenguaje y la expresión; está condicionado por numerosos factores subjetivos, tendencias temperamentales, sentimientos, susceptibilidad a la sugestión, etc."

Al tiempo de escribir Whipple esto, los psicólogos sentíanse atraídos hacia el estudio del testimonio, así se sospecha al menos, porque era este el único campo que comprendía muchos procesos mentales superiores donde podían dar a su ciencia una aplicación práctica. Les halagaba estar en situación de poder iluminar un asunto fundamental en el tráfago de la sala de audiencias y la oficina del periódico.

Entre los iniciadores, dos hombres descuellan netamente: Binet y Stern. Binet (1900) llamó la atención sobre la necesidad de un estilo experimental sistemático y fue de los primeros en llevar a cabo una serie de investigaciones. Fue un precursor en el empleo del "*test* pictórico", a través del cual se investiga la fidelidad de la descripción del material pictórico observado. Su material incluye, asimismo, pruebas de descripción de objetos y pruebas para la memoria con material verbal. La capacidad de informar sobre lo visto u oído fue incluida en su escala de clasificaciones que aún hoy forma parte de los *Tests de inteligencia* de Stanford-Binet.

Otro investigador sistemático fue Guillermo Stern, cuya obra *Zur Psychologie der Aussage* (1902) es clásica en el estudio de los testimonios. Fue sobre todo por influencia de Stern por lo que el *Aussage* progresó en dos direcciones principales: *tests* pictóricos y experimentos con hechos reales. En el *test* pictórico se muestra al sujeto una escena que habrá de describir luego de memoria lo más exactamente posible.

Con el fin de presentar condiciones más cercanas a la vida real, en los experimentos con cuadros vivos se hace representar algún incidente vívido, y a los sujetos se los tiene a oscuras del hecho de que el "incidente" que están observando ha sido ensayado cuidadosamente. Un experimento típico de "escena de la vida real" consistió en este incidente: Durante una reunión de un seminario científico, dos "actores" iniciaron entre los estudiantes una disputa. Su discusión hízose tan acalorada y vehemente, que uno de ellos llegó a sacar un revólver de entre sus ropas y amenazar con disparar contra su adversario. A esa altura, el profesor apartó a los antagonistas y pidió a los circunstantes que describieran el incidente con todos los pormenores posibles.

En el examen de la capacidad del observador para informar, se han utilizado dos métodos: 1) la narración, o relación libre dada por el sujeto sin ayuda, ni guía, ni interrupciones por el



experimentador. Este tipo de descripción goza de la ventaja de no verse influido por la sugestión. No alcanza, empero, a probar el poder de evocación del sujeto tan compleja y exhaustivamente como el segundo tipo de informe, esto es, 2) el interrogatorio (*Ausfrage*), consistente en una serie de preguntas preparadas de antemano que abarcan todos los detalles y los aspectos del estímulo. La desventaja de este método está, desde luego, en el peligro de las sugerencias. El testigo influido por "preguntas que sugieren la respuesta" es figura familiar en las salas de audiencias.

Stern (1938) ha descubierto muchos factores capaces de afectar la información imparcial del testigo ocular. Las primeras desnaturalizaciones y omisiones parecen comenzar durante la percepción original del cuadro o del episodio mismo. El observador tiende a borrar los detalles periferales del tema principal. Hay mucho que ni siquiera atina a ver. Con el andar del tiempo, su información se torna más imprecisa, y las alteraciones, más serias, sobre todo si se somete el testigo a un interrogatorio. Mientras se le permita dar un relato espontáneo, podrá escoger entre los detalles del episodio original y mencionar solamente aquellos que descuellan más clara y precisamente en su memoria. Durante el interrogatorio, empero, está obligado a hacer afirmaciones acerca de pormenores que moran apenas en el umbral del recuerdo. En tales circunstancias, estará muy propenso a dejarse guiar por la forma de la pregunta del examinador y las insinuaciones contenidas en ella.

Stern descubrió asimismo que el episodio por relatar habrá de estar *solo* en la mente del sujeto, si es que se ha de obtener una información razonablemente exacta. Si el sujeto confunde la escena con otras vivencias similares, su declaración se tornará en un lamentable caos. Observa Stern, y el punto merece extrema importancia en el rumor, que "existen infinidad de personas cuya conciencia del pasado cuenta con una organización temporal deficiente". Algún hecho acaecido en cierto momento de su vida se confunde irremediablemente con otros verificados antes o después. Cualquiera que haya intentado una descripción cronológica ordenada de sus recuerdos de la niñez podrá dar mejor idea de lo que acontece en el cuadro temporal de nuestra memoria.

La deposición testimonial, según ha podido acertar Stern, afecta particularmente a los aspectos singulares y poco familiares inherentes al estímulo. O son reinterpretados para acomodarlos a lo

que el sujeto está acostumbrado, o bien son muy exagerados, precisamente debido a su carácter de insólitos, y convertidos en la característica capital del informe.

En el informe verbal, entran a jugar otros principios más de desfiguración. Los sujetos no poseen vocabularios ilimitados. Emplean frases hechas para expresar las imágenes desordenadas y a veces incompletas que acuden a su memoria. Al emplear palabras en la descripción, se imparte a la reviviscencia una forma más definida que la poseída por el recuerdo no "verbalizado". Las palabras graban nuestros pensamientos y nos obligan a fijar ideas que no eran vagas hasta el instante de proferidas.

Finalmente, Stern descubrió que las diferencias entre sujetos distintos en inteligencia y hábitos de expresión oral afectan marcadamente el informe. Un sujeto estará dispuesto a proporcionar una simple enumeración de circunstancias inconexas de su experiencia; otro producirá un relato en el cual la explicación y la estimación valorativa se mezclarán con los meros hechos, confundiéndolo todo. En términos generales, no parece que exista diferencia fundada entre hombres y mujeres en la exactitud del testimonio. Los niños, en cambio, son tan imprecisos y tan fácilmente influibles por la sugestión (porque su bagaje de experiencias no es adecuado ni ha sido bien asimilado como para presentar una estructura firme) que, virtualmente, ninguna confianza puede tenerse en sus relatos. La demostración por Stern acerca de la no fiabilidad del testimonio de los niños tuvo la virtud de determinar cambios en la ley procesal alemana que restringieron la amplitud con que tales testimonios eran admitidos en juicio.

Tras las huellas de Stern se realizaron muchas investigaciones con iguales objetivos. Algunos autores se especializaron en la influencia de la pregunta insinuante en los interrogatorios; otros, en los efectos del tiempo sobre la exactitud del relato, y otros, en fin, en los factores de edad y sexo. Todos ellos descubrieron graves fallas en los testimonios oculares, especialmente en casos donde existía un estado de excitación durante la percepción original o en el proceso de la narración. Los defectos normales de percepción, retención y narración son de por sí bastante serios, pero los estados emocionales los acentúan grandemente.

La figura 1 presenta un estímulo típico para la prueba testimonial empleada por Freyd (1921) en su intento por idear un patrón para el *test* pictórico destinado a medir la exactitud de las infor-



maciones de testigos oculares. Este *test* de *Aussage* fue parte de una serie diseñada con el fin de medir aptitudes entre candidatos a periodistas. Se permitía a los sujetos de Freyd mirar la lámina

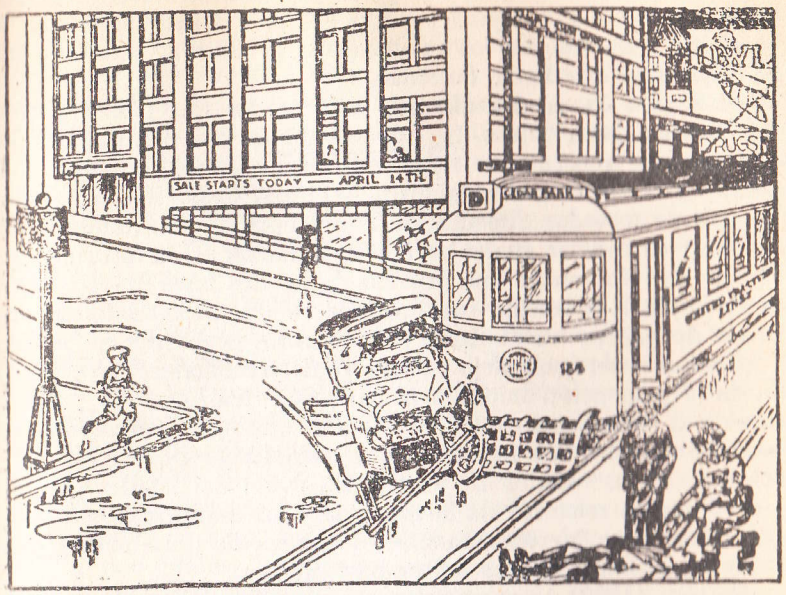



Fig. 1. — *Test* para medir aptitudes para informar.

durante un minuto y se los probaba luego en gran número de detalles, tales como el número de chapa de registro del automóvil, el número y ruta del tranvía, la hora marcada por el reloj, etc.

Experimentos como los consignados demuestran casi invariablemente cuán inciertos son los relatos de testigos oculares. Los propios informes de primera mano son tan imprecisos que rara vez se puede confiar en ellos en cuanto a pormenores. El rumor, al alejarse una, dos, mil veces del testimonio ocular, será tanto más falaz. No ha de extrañar, pues, que en muchos juzgados no se admita en la prueba elementos sabidos "de oídas".

Los tres pasos psicológicos del testimonio son *percibir, recordar, informar*. Los mismos tres pasos producen la transmisión del rumor, excepto que aquí los pasos se repiten incesantemente a través de cada uno de los eslabones de la cadena, y el acto de escuchar algo que habla de oídas.

Hablando en un sentido más estricto, los tres pasos no son rígidamente demarcables. Lo que percibimos está influido por lo que nosotros recordamos referente a experiencias salientes del pasado y, a veces, por lo que nos sentimos dispuestos a repetir. El acto de recordar depende de la percepción, pero también de las palabras con las cuales se fija la situación en nuestra mente. El acto de informar es una función de las dos fases previas, pero también de la situación social donde se discurre. Su forma depende de nuestro vocabulario y de nuestros propósitos al hablar.

Conforme este complejo proceso va desarrollándose, procediendo de la percepción inicial a la narración final, ocurren muchas sugestivas transformaciones, a medida que van entretejiéndose inextricablemente las impresiones sensoriales originales, las preexistentes y los estados de ánimo. El olvido de detalles por un procedimiento selectivo de la memoria y las desfiguraciones subjetivas cambian inevitablemente los valores de poco menos que todos los acontecimientos del mundo exterior.

Bartlett (1932) hace un exhaustivo análisis de este fenómeno, y sus numerosos ángulos de enfoque experimentales lo llevan muy cerca del fenómeno básico del rumor. Este investigador demuestra de variada manera el carácter creador y constructor de la memoria. Ningún recuerdo, según ha logrado probar Bartlett, perdura como si fuera un mero rastro o huella, como una imagen fijada en una película sensitiva, reviviscente a voluntad. Por el contrario, los recuerdos comienzan a cambiar no bien ha terminado la percepción. En verdad, la percepción original en sí no alcanza a ser un puro conglomerado de componentes sensoriales, puesto que desde el primer instante se fusionan con experiencias previas sobresalientes. Hábitos, estados anímicos, convencionalismos culturales, todos juegan su papel. El papel más crucial de todos lo juegan las actitudes y las expectaciones. Son ellas las que hacen del recuerdo una función *constructiva*, más bien que meramente reproductiva de la mente.



El concepto central de Bartlett es el "afán de explicación", concepto que hemos empleado anteriormente. Para decirlo con sus propias palabras, "puede hablarse de toda reacción cognoscitiva del hombre —percibir, imaginar, pensar y razonar— como de un *afán de explicación*". Bartlett llama aquí la atención sobre la tendencia de la mente a remodelar toda experiencia, dándole categorías netas, llenas de sentido y útiles. Si estas categorías son a veces caprichosas e infundadas, no tiene ello importancia. Los recuerdos deben entrar en los esquemas mediante los cuales la persona regula su vida. Por falso que pueda resultar, tomado desde un punto de vista "exterior", el recuerdo es siempre el resultado del empeño del individuo por dar un sentido económico a sus experiencias.

La mayor parte de los experimentos de Bartlett fueron llevados a cabo en sujetos aislados, en el gabinete de psicología de la Universidad de Cambridge. A cada uno se le mostraba un cuadro o se le daba a leer un cuento. A intervalos variables de tiempo se le pedía reproducir, lo más exactamente posible, lo que había visto o leído. En algunos casos, se le pedía revivir el recuerdo unos minutos después de la exposición, a veces después de un intervalo de meses, y hasta luego de pasados años enteros.

En todos los casos halló Bartlett extensas lagunas en las descripciones o relatos. Los detalles menores eran olvidados en grado notable. Encontró marcadas tendencias en cualquier figura o historia a hacer gravitar en la memoria del sujeto lo que en ella evocaba su propia vida, en consonancia con su cultura, y, sobre todo, lo que tenía algún significado emocional específico para él. En su afán de explicación, en su busca de significado, los sujetos condensaban el material o le agregaban de su propia cosecha, a fin de lograr una mejor "Gestalt", una configuración más sencilla y que encerrase un contenido más claro.

Halló Bartlett que la elaboración (aumento en complejidad) era relativamente rara. En general, la gente esquematiza sus recuerdos más de lo que los elabora. La misma tendencia, según veremos luego, se observa en el caso de los rumores. Muy raras veces los vemos elaborados; es más frecuente hallar que son versiones extremadamente simplificadas del episodio original. Se da sin embargo una excepción cuando el recuerdo de algún aspecto singular se "acentúa" grandemente, conduciendo a la elaboración de ese aspecto en desmedro de los otros, que tenderán entonces a des-

dibujarse y a desaparecer, Bartlett ofrece como ejemplo la ilustración de una figura geométrica en la que había dibujados un número de círculos.

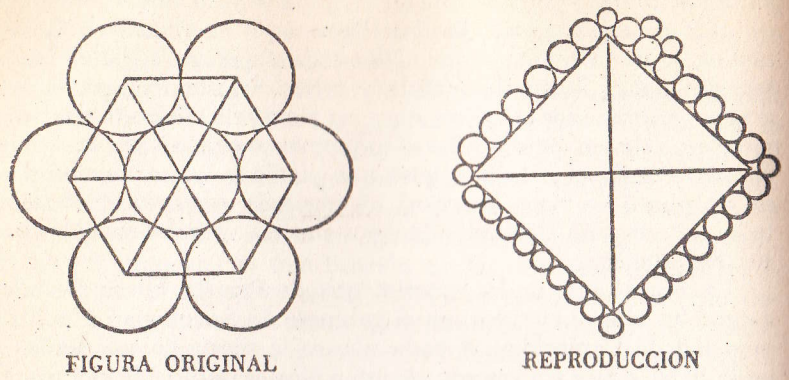



Fig. 2. — Los círculos se acentúan a costa de otros rasgos.

La reproducción de la figura 2 resta realce a las figuras angulares y elabora las circulares. El sujeto que dibujó la reproducción de memoria estaba bastante satisfecho con el resultado de su intento, pero observó: "Debe de haber más círculos todavía".

En sus experimentaciones con el relato de historias, Bartlett encaró más de cerca el problema del rumor. Hasta un mismo individuo, volviendo a contar la historia a intervalos de días o semanas iba perdiendo detalles. Las versiones finales eran siempre más cortas que la versión original, y, por lo general, irreconocibles. Las inexactitudes se revelaban con marcada incidencia en nombres, fechas y números. Halló repetidamente que la transformación del material en la evocación sigue el curso marcado por el interés personal del individuo, curso esbozado del cuento ya en su primera percepción. El individuo obtiene así una "idea general" concorde con sus propias preferencias, predisposiciones, prejuicios, y a medida que pasa el tiempo va encasillando la historia cada vez más ajustadamente en sus preconceptos.

Bartlett repitió sus experimentos utilizando una cadena de sujetos (reproducción en serie) en lugar de limitarse a pruebas individuales.

Acércase aquí mucho a las condiciones válidas para el rumor.



salvo que las sucesivas versiones de la historia eran escritas y leídas, y no habladas y oídas. Resultado importante es que se producen los mismos tipos de cambios que los hallados en la mengua de la memoria individual, aunque en grado mayor y acelerado. Aquellos frenos que pudieron retener al individuo dentro de ciertos límites (puesto que, al fin y al cabo, ha visto el objeto original) son inoperantes en la transmisión seriada.

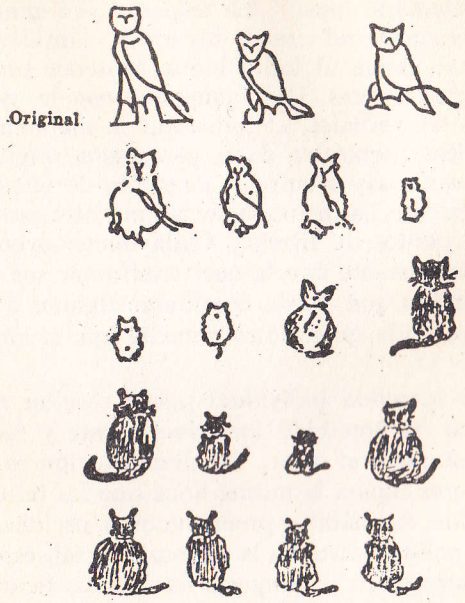



Fig. 3. — La lechuza convertida en gato — rumor visual.

En la Fig. 3, reproducida de la obra de Bartlett se nos muestra la transmisión en serie de un dibujo (de persona a persona).

Partiendo del dibujo de una lechuza, tenemos, al cabo, un gato. Fue suficiente que un miembro de la serie incurriera en un error básico de identificación; de ahí en más, los errores fueron acentuándose bajo la influencia de la nueva idea directriz. De haber habido sucesivas reproducciones por el mismo individuo, por otro lado, la idea directriz original determinada por la primera percepción habría persistido seguramente hasta el fin. La *forma* de la lechuza habría cambiado, pero la *idea* de lechuza perduraría.

Las canalizaciones de la memoria individual y de la "memoria social" son paralelas en muchos aspectos. En ambas existe el mismo esquema de desfiguración. Y esto no ha de sorprender, desde que la "memoria social" es asunto de mentes individuales sucesivas que manipulan un mismo material esencial.

Supóngase la pregunta: "¿Qué es más exacta, la memoria individual o la memoria social?" La respuesta, en general, sería en favor de la memoria individual. En grado considerable, la percepción original obliga al individuo a contener sus distorsiones dentro de ciertos límites. Habitualmente, con la ayuda de imágenes y marbetes verbales, el individuo se mantiene aferrado a las características esenciales de la percepción original, y puede, incluso, practicar ensayos entre el momento de la presentación y el de la declaración. La memoria social, por otra parte, no cuenta con parecidos puntos de fijación. Cada nuevo oyente carece de una imagen preexistente con la cual confrontar sus concepciones y por inverosímiles que pueda considerar algunos de los detalles que le refieran, no le queda otro remedio que aceptarlos tal cual se los refieren.

Empero, la memoria individual puede resultar *menos* exacta si un individuo ha percibido imperfectamente y reensaya continuamente acentuando el error. Tal desfiguración es sobremanera seria si los errores siguen la misma línea que los intereses premiosos del individuo, sus hábitos preexistentes y prejuicios. Por cierto que el mismo peligro existe en la memoria social, especialmente si el grupo es homogéneo y comparte las mismas tendencias y preconceptos. No obstante, ocurre a menudo que, al pasar de individuo a individuo, la misma historia se salva de ser cortada demasiado ajustadamente a la medida de los intereses de un individuo cualquiera de la serie, y el resultado final acaso brinde un acabado más fiel.

Es característica habitual de las memorias sociales el tornarse altamente *convencionalizadas*. Siendo crecido el número de individuos implicados, el significado emergente reflejará probablemente lo que es *común* al grupo en cuestión. Las idiosincracias de un eslabón son fácilmente descartadas por el siguiente, y así la



historia se contiene dentro de un marco comprensible para todos. Los rumores resultan por lo tanto más estandarizados, más conformes a la cultura del grupo social, presentando más de común denominador que los recuerdos individuales. Por la misma razón es más fácil que aquellos adquieran un tono moral característico de la cultura común.

ambiente igualitario de las aulas. Mas aparte de las normas liberales rectoras de esta escuela, es hecho archisabido que los niños no son sensibles a las diferencias raciales hasta habérseles inculcado en su mente incidentes de la vida o prejuicios "snobísticos" de familia y cultura. Está; por ejemplo, el caso de Juanito, de siete años de edad, que pregunta a su madre si puede llevar a la casa a Tomasito, para jugar juntos. Y la madre, sabiendo que muchos negros frecuentan la escuela donde va su hijo, le pregunta: "¿Es blanco o de color Tomasito?" El niño contesta: "No sé. No me fijé; pero mañana te digo, mamá". Tal estado de inocencia en asunto de conciencia racial no dura mucho en nuestro medio social.



## Capítulo VIII

# EL ESQUEMA BÁSICO DE LA DEFORMACIÓN

Al presentar en tan minucioso detalle los resultados de nuestras experiencias de gabinete sobre la difusión de rumores, ¿nos habremos acaso apartado de la variedad doméstica, por así decirlo, del rumor diario, que es la finalidad inmediata de nuestra obra? Para demostrar que no hemos incurrido en aberración tomemos uno de los rumores corrientes y veamos cuántos de nuestros principales conceptos de análisis pueden aplicársele.

Elegiremos un rumor intrascendente entre la cosecha de especies en circulación en una población del Estado de Maine en el verano de 1945, poco tiempo antes de la rendición del Japón.

Un profesor chino, en goce de vacaciones, llegó con su automóvil hasta la localidad y preguntó qué camino debía seguir para llegar a la cresta de una colina cercana, desde donde pudiera observar el panorama circundante según se lo tenía pintado una guía turística editada por la Cámara de Comercio de una ciudad vecina. Alguien le indicó el camino, mas había transcurrido escasamente una hora cuando en la pequeña comunidad bullía el cuento de que *un espía japonés había ascendido a la colina para tomar fotografías de la región.*

Los hechos simples, despojados de fantasía, los que constituyen el "nudo de la realidad" en este rumor, fueron deformados desde el primer instante en los tres sentidos que ya conocemos. Fueron pues *nivelados, acentuados y asimilados.* Consideremos cada tipo de cambio por su orden.

1) *Nivelación.* Se omitieron del rumor múltiples detalles esenciales para la recta comprensión del incidente: la forma cortés y tímida y sin embargo honesta, con que el visitante se dirigió al

lugareño para que lo orientase; el hecho de que la verdadera nacionalidad del forastero era desconocida, aunque no cabían dudas de que era un oriental. Asimismo calladas permanecieron las circunstancias de que el visitante no había tratado de pasar inadvertido entre la gente que encontró por el camino, y la verdad de que nadie habíale visto llevar consigo una máquina fotográfica.

Estas omisiones no podemos atribuirlas a fallas de memoria; son más bien sistemáticas. Fueron dejadas de lado porque, de referírselas, hubieran desvirtuado la interpretación apetecida: "Hay un espía japonés entre nosotros". No sabemos hasta qué punto las omisiones son debidas a una mentida percepción de la situación por el lugareño que habló primero con el forastero, ni hasta qué punto los detalles referidos por él fueron borrándose en el tránsito de boca en boca. Es probable que ni el testigo ocular percibiera todas las pruebas evidentes, por cuanto la vista de un "oriental" debió de hacer entrar inmediatamente en acción a sus viejos preconceptos. Percibir y recordar son partes de un solo proceso. Según la definición de Bartlett: "Inextricablemente mezclados con el acto de percibir están el imaginar, el evaluar y el comienzo del juzgar".[1]

2) *Acentuación*. Al abandonarse datos del rumor, necesariamente ganarán en énfasis e importancia los restantes. La acentuación, según hemos visto, es la recíproca de la nivelación. Una vez aceptada la torcida interpretación de la causa de la visita del profesor chino, los portadores del rumor acentuaron ciertos aspectos en tanto aminoraban otros. La acentuación de los detalles escogidos, explica la índole melodramática de la especie en su forma final. Lo que en la situación original era oriental, pasó a ser japonés; lo que no podía haber sido visto sino como un "hombre", adquirió la categoría específica de "espía". El innocuo propósito de deleitar a los sentidos y al espíritu con la contemplación de un paisaje, se transforma en siniestra tarea de espionaje. El

[1] Bartlett (1932), pág. 31. Bysow (1928) ha caracterizado el punto de partida del rumor, localizando en él tres etapas, a saber: 1) El acontecimiento es percibido con interés por una o más personas. Su interés tiene origen en la importancia social del acontecimiento. 2) El acontecimiento es ordenado y valorado para su transmisión en forma narrativa. 3) Así compuesto, el rumor ya ha nacido. El análisis de Bysow es aceptable siempre que supongamos que no transcurre tiempo entre las etapas 1) y 2).



hecho real de que el visitante *llevaba* una fotografía en la mano se elevó al acto de "tomar fotografías", desechando el hecho objetivo de que, en esa comarca rural, las fotografías que hubieran podido ser tomadas habrían carecido de valor para el enemigo. No se dominaban desde la colina instalaciones industriales ni militares de ninguna índole. Por lo demás, se sabía que la guerra tocaba a su fin y las actividades de espionaje, sobre todo en regiones remotas como la mencionada, debían considerarse absurdas. No obstante, tan activas eran las emociones y suspicacias alimentadas por la guerra que la acentuación se explayó a sus anchas, avivando el incidente, cargándolo de dramaticidad, tornándolo comprensible y portentoso. Había allí algo que merecía la pena escuchar y rumiar realmente en serio.

3) *Asimilación*. La nivelación y la acentuación no son obras del azar sino que actúan concordes con la pasada experiencia y las actitudes presentes del agente difusor del rumor. En la zona rural del Estado de Maine los lugareños han tenido poco trato con orientales. Al igual que muchos occidentales, son incapaces de distinguir un chino de un japonés. Tenían ellos un solo "clisé" a mano para los orientales, hondamente grabado en su mente por las noticias bélicas y las historias que a la sazón circulaban: el "espía japonés". El concepto de un-profesor-chino-de-vacaciones no podía fraguar en la mentalidad de la mayoría de los rústicos, pues ni siquiera sabían estos que algunas universidades norteamericanas ocupan a profesores de esa nacionalidad en su cuerpo docente, y que éstos, al par de los demás profesores, tienen derecho al goce de vacaciones estivales. La situación, imprevista cuanto novedosa debió necesariamente ser *asimilada* en función de moldes mentales preexistentes.

"Toma fotografías de la región" es otro paladino ejemplo de asimilación. El visitante no llevaba cámara, mas la prohibición de llevar máquinas fotográficas en zonas estratégicas y las espeluznantes películas con casos de espionaje, dieron a los agentes de este rumor motivos plausibles para calificar al extraño forastero. La asociación de ideas es simple: hombre de raza amarilla-japonés-espía-espionaje "gráfico". Una idea llevó a la siguiente con ineluctabilidad casi mecánica, hasta el surgimiento de la conclusión final.

Una asociación de ideas de tal modo mecánica, explica, en parte, la especie que echó a circular, pero no debemos desechar

un inconfundible factor dinámico asimismo presente. En esta apartada población del Estado de Maine los efectos indirectos de la guerra se hacían sentir hondamente. Rara era la familia que no tuviese uno de sus miembros ausente. El aborrecimiento a los japoneses era intenso, hondo el deseo de defender a la patria, y en cuanto a la cazurra suspicacia hacia lo foráneo, es una arraigada característica cultural de la región. A estas actitudes inveteradas fue asimilada la percepción del acontecimiento, y de las mismas llegó el soplo que dio vida y alas al rumor. La atmósfera de guerra creó las condiciones que pusieron en movimiento estos factores dinámicos. Lo acaecido encerraba *importancia* latente para aquella gente. Contenía asimismo buena dosis de *ambigüedad*, puesto que desconocían la nacionalidad y los propósitos concretos del forastero.

El triple proceso de nivelación, acentuación y asimilación refleja el "afán de explicación" en el agente difusor del rumor. Las circunstancias de la situación, remotamente vislumbradas, no daban el sentido, la explicación que exigía la extraña visita. De ahí que hiciera presa una sola y simple idea directriz —*el motivo del espionaje*— y, concorde con él, los detalles discordantes fueron eliminados (nivelados), ciertos hechos fueron acentuados, acomodándolos al tema escogido, y el episodio tomado en conjunto fue asimilado a la textura preexistente de sentimiento y pensamiento característica de los miembros del grupo social en el cual el rumor se propagó.

## UNIVERSALIDAD DEL ESQUEMA TRIPARTITO DE LA DEFORMACIÓN

Tiempo atrás, Wulf (1922) emprendió el estudio de los cambios que sufren los recuerdos de un individuo en el curso del tiempo. El material de estímulo empleado por Wulf consistía en figuras asimétricas de las cuales damos un ejemplo en la figura 10.

Esos dibujos eran puestos a la vista de los sujetos del experimento de uno a la vez. Aproximadamente a los 30 segundos, se pedía a los sujetos que reprodujeran lo más exactamente posible la figura observada. Al siguiente día, se pedía a los mismos sujetos que volvieran a reproducir la figura, luego a la semana y finalmente, con un intervalo de dos semanas a dos meses. Logró



así reunir abundantísimo material para el estudio de la suerte que corren "las huellas", es decir, el cambio que éstas sufren con el tiempo.

Si la antigua teoría mecánica de la memoria (impresión sobre cera) fuera correcta, sostenía Wulf, las reviviscencias, o retornos a estados de conciencia anteriores, deberían volverse sencillamente borrosas a medidas que pasa el tiempo. En cambio, este autor descubrió que los dibujos mostraban una tendencia a adquirir formas "mejores", "más simples", más preñadas de "sentido". Tales cambios proceden siempre en un mismo sentido, no importa el

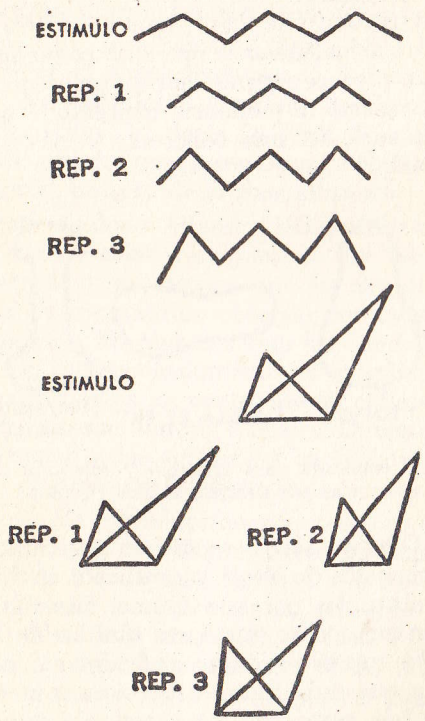



FIG. 8. — Figuras estímulos y reproducciones sucesivas — según Wulf. La primera parte destaca el proceso de "énfasis" o "aguzamiento" (acentuación); la segunda ilustra el proceso de "normalización" (nivelación). Ambos tipos de cambio señalan la tendencia de las huellas de la memoria (*memory traces*) a lograr *Prägnanz* (una mejor configuración).

lapso transcurrido entre el estímulo y el momento del recuerdo. Expresándose en alemán, Wulf calificaba este tendencia como que las huellas *(traces)* retenidas propendían a lograr *Prägnanz* (una forma más perfecta y más esencial). Creía este psicólogo que hay tres factores que apuntan a lograr la "preñez" de las figuras: 1) *normalización*, un proceso equivalente en su sustancia a nuestro concepto de la "nivelación", 2) *énfasis* o *aguzamiento*, que corresponde a nuestra "acentuación", 3) *cambios autónomos*, que son inherentes al esquema de las huellas mismas. Esta tercera categoría encierra algunos de los cambios ya descritos por nosotros como "asimilación".

La línea interpretativa de Wulf sigue la escuela psicológica del *Gestalt*, tendiente a considerar la memoria como agente autónomo que, dejado solo, produce figuras más quintaesenciadas y pronunciadas. Bartlett resume la tendencia expresando que el recuerdo de una vivencia suele ser más coherente y más consecuente que su forma original.

FIG. 9. — La figura empleada para estímulo y selección de reproducciones ejecutadas por diversos sujetos (Gibson).

Más tarde, Gibson (1929) repitió en sus características esenciales los experimentos de Wulf y confirmó, en líneas generales, los resultados obtenidos por este último. Las figuras empleadas por Gibson eran aún menos familiares que las de Wulf.

Presentó a los sujetos estímulos grabados en torno a un "tambor", de manera que cada figura apareciera a la vista del observador durante 1 ½ segundos, para seguirle inmediatamente la siguiente. La serie completa de estímulos fue exhibida varias veces ante los sujetos del experimento, y al final de cada serie se pedía a cada uno que dibujara todas las figuras que recordaba, en el orden que quisiese.



Las figuras originales eran innominadas, y se pidió al sujeto que dijera qué objeto era el que dibujaba en cada caso. Al obligar de este modo al sujeto a recurrir a sus hábitos lingüísticos, se halló que la forma del dibujo cambiaba de manera sorprendente para conformarse al rótulo. Un sujeto dibujó un torso, otro una "huella de pie" y un tercero una "palanqueta de gimnasia". Sin duda, esta asimilación a los objetos había tenido comienzo ya durante el acto inicial de la percepción, aun cuando el sujeto no había pronunciado su nombre hasta después de haber dibujado el objeto. Reproducciones sucesivas cinco semanas después y luego de transcurrido un año, señalaron cuán importante punto de fijación para la forma de retención y reproducción es el rótulo verbal.

Al interpretar los resultados, Gibson hizo hincapié, más todavía que Wulf, en el papel decisivo que desempeña la asimilación asociativa. No solamente tienden las figuras a adquirir simetría y "continuación", al decir de Wulf, sino que se inclinan de modo aún más sorprendente a semejarse a objetos familiares, y dejarse influir por el proceso de la denominación.

En experimento análogo Allport (1930) utilizó como sujetos a 350 niños de edad escolar. Les presentó dos dibujos de configuración más cerrada y geométrica que los elegidos por Wulf y Gibson. Después de permitirles observar los estímulos durante diez segundos, pidió a los alumnos que los dibujaran inmediatamente de memoria. Insospechadamente, el experimentador volvió a las dos semanas, y luego a los cuatro meses, pidiéndoles, en cada caso, que reprodujeran las figuras iniciales. Diremos de paso que las figuras pertenecían a las empleadas en la escala de Stanford-Binet para medir el grado de inteligencia.

En la serie típica de reproducciones presentadas en la figura 10 nos es dado notar cómo, con el transcurso del tiempo, la impresión percibida tiende a la simplificación y a la simetría. Las proporciones desiguales de los lados de la pirámide trunca es un detalle que no se salva de la nivelación. El fuste de la greca da la impresión, ya en la segunda reproducción, de estar vanamente empeñado en permanecer. Luego desaparece totalmente en la tercera reproducción, en tanto la disposición misma del motivo ornamental ha sido invertida. La forma terminal es relativamente toscà, compacta, un mero esquema del motivo que sirviera de estímulo. Se le ha nivelado y acentuado; se lo ha asimilado a ten-

dencias, sean ellas cuales fueren, existentes en la mente humana que se inclinan hacia la simetría, el equilibrio, la forma "preñada".[2]

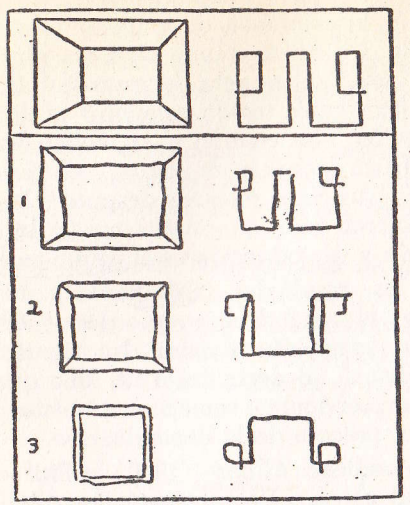



Fig. 10. — Figuras estímulos y reproducciones sucesivas (Allport). Los tres dibujos sucesivos fueron trazados por el mismo alumno: el Nº 1, inmediatamente después de la primera vista del estímulo; el Nº 2, después de dos semanas; el Nº 3, a los cuatro meses del primero.

Citaremos ahora un experimento destinado a demostrar los sorprendentes efectos de la asimilación a hábitos lingüísticos. Carmichael, Hogan y Walter (1932) exhibieron ante un grupo de sujetos una serie de dibujos consistentes en doce formas geométricas simples.

Cada uno de los dibujos estaba configurado de modo que se asemejará por lo menos a dos objetos reales conocidos. Una misma figura fue exhibida, pues, con nombre distinto a grupos diferentes. Luego se pidió a los sujetos que dibujaran de memoria todas las

[2] No entraremos a especular, ni concierne a la índole de la obra, acerca de si estas tendencias son atribuibles a mecanismos cerebrales primordiales, a inclinaciones asociativas basadas en estados de conciencia anteriores o a ciertas predisposiciones determinadas, por ejemplo, por la simetría bilateral del cuerpo humano. Véase, para una discusión más amplia del tema, Allport (1930).



figuras que les fuera posible, lo más exactas, desde luego. Las reproducciones obtenidas demostraron que las figuras recordadas satisfacían las formas del objeto, *según el nombre con que se habían exhibido.*

La figura 11, al presentar uno de los dibujos estímulo, la asociación de términos y las reproducciones típicas, señala la

Fig. 11. — Figura estímulo y reproducciones por dos sujetos distintos (Carmichael, Hogan y Walter). Para un sujeto el estímulo iba acompañado de la etiqueta "anteojos"; para el otro, de "palanqueta de gimnasia".

influencia de rótulos verbales en la memoria cuando se trata de formas visuales. Hallamos, pues, aquí claramente demostrado el hecho de que percibimos y recordamos no solamente cuanto nos llega por conducto de los órganos sensoriales, sino, incluso, lo que nuestros hábitos lingüísticos y culturales y las experiencias acumuladas nos predisponen a percibir y rememorar.

Volvamos ahora a los experimentos de Bartlett descritos en el Capítulo III. Al sacar conclusiones acerca de los cambios que ocurren en las sucesivas versiones de relatos por un mismo individuo, Bartlett encuentra tres líneas principales de deformación. El lector habrá de ver en ellas una confirmación más de la existencia de los procesos de nivelación, asimilación y acentuación:

1) "El relato se acorta notablemente, sobre todo a causa de omisiones". (Nivelación.)

2) "La fraseología se moderniza". (Caso especial de asimilación.)

3) "El relato se ha vuelto más coherente y consecuente". (Acentuación.)

En sus estudios de las reproducciones "seriadas", Bartlett da cuenta de los mismos tres procesos, aunque no emplea nuestra misma terminología. "Parece —escribe— que, en las condiciones en que se ha llevado a cabo el experimento, los siguientes son los tipos principales de transformación probable:

1) "Habrá una simplificación más ampliamente generalizada, debida a la omisión de material que parece inútil; a la construcción de un todo gradualmente más coherente, y al cambio de lo familiar en una contraparte aún más familiar". [Nivelación y asimilación.]

2) "Habrá un persistente proceso de «racionalización», tanto del todo de la historia como de sus detalles, hasta lograrse alcanzar una forma apta para ser manejada por todos los sujetos pertenecientes al grupo social en el que aquélla circula. Esto puede resultar en una muy notable elaboración". [Asimilación y acentuación.]

3) "Habrá una tendencia para que ciertos incidentes adquieran una posición dominante, de modo que todos los restantes se agrupen en torno de aquéllos". [Acentuación.]

Al citar esta variedad de experimentos hemos querido demostrar que los investigadores, aunque valiéndose de otros estímulos y de procedimientos diferentes, han descubierto y confirmado el mismo proceso fundamental tripartito subyacente en el curso del cambio en la memoria individual y social.

La cresta dominante en el proceso parece ser la asimilación, pues en todos los experimentos citados es evidente que la experiencia acumulada, el hábito lingüístico, las formas adquiridas del pensamiento y motivos y actitudes personales forman el fondo para el esquema de la deformación que se produce, determinando exactamente lo que ha de eliminarse por nivelación y lo que ha de acentuarse.

Llevamos ahora la mirada un poco más lejos en el examen del estudio de la personalidad basada en el empleo de las llamadas técnicas "proyectivas". En estos estudios, el individuo se enfrenta con estímulos carentes de firme estructura, esto es, ambiguos. Por conducto del significado que el individuo confiere al objeto estímulo, revela, a menudo a pesar suyo, el cuadro de su propia estructura mental. Así, en el *test* de Rorschach se exhibe ante el sujeto una serie de manchas de tinta y se le pregunta: "¿Qué puede ser esto". Al responder, por ejemplo, que tiene el aspecto de un "león amenazador", el sujeto deja de lado (elimina por nivelación) muchos detalles amorfos de la figura. Está, pues, engendrando un significado, está atribuyendo un sentido al borrón que acaso lo tiene sólo vagamente. Está asimilando el borrón a sus propios intereses, a sus experiencias pasadas y acaso a sus temo-



res. Ve en el ambiguo borrón lo que sus predisposiciones mentales le hacen *esperar* ver. Y puesto que la percepción se engasta en su vida interior, su reacción dice a menudo más acerca de sí mismo que acerca del estímulo. Toda la utilidad de la técnica proyectiva depende de la disposición del individuo a *asimilar* su percepción a la estructura preexistente de su vida mental y dar a conocer un resultado *fusionado*.

Las técnicas proyectivas pueden emplearse con una amplia variedad de materiales de estímulo, siempre que permitan al sujeto impartirles su propio sentido y su propia interpretación. Según uno de los métodos, se pide al sujeto que escuche una voz humana débilmente grabada. En realidad, el sonido consiste en una sucesión de tonos vocálicos apenas audibles. Al preguntarse al sujeto qué ha podido oír, es posible que responda: "Suena como si dijera: ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado". O bien: "¿Debes hacerlo, por qué no lo haces? Manos a la obra". En fin, interpreta lo que oye de acuerdo con sus intereses y conflictos anímicos.

Otro método proyectivo es el *test* de apercepción temática (Thematic Apperception Test). Se exhibe al sujeto una lámina que contenga al menos una persona de igual sexo (y preferiblemente coetánea) que aquel. Al interpretar la figura (relata un cuento basado en la figura) hará un relato francamente autobiográfico, sin siquiera advertirlo. Actuará de ese modo porque se identifica con el porcentaje de su sexo y cuenta sus propias preocupaciones y esperanzas disfrazándolas apenas para enmarcarlas en el cuadro.

Esto de los métodos proyectivos para el estudio de la personalidad sugiere que el rumor mismo pudiera utilizarse como excelente *test de la personalidad.* "¿Qué hace una persona con la especie que oye contar?" En tanto esté rodeada de cierta ambigüedad (no constreñida a moverse a la vista de un material de prueba sensible y rígido) y en tanto tenga alguna importancia potencial en su vida, reaccionará ante ella de muy parecida manera a como lo hace el sujeto en el *test* de proyección. Seleccionará de entre los pigmentos de su propia vida mental los colores con los cuales adornará el cuento. Ni lejanamente barruntará que puede estar revelando de su propia naturaleza mucho más que lo que cree hablar del cuento.

La semejanza del rumor a la memoria gráfica, como asimismo a la memoria puesta a prueba en la repetición de narraciones o en representaciones proyectivas, es ahora clara. Mas la generalización que estamos estudiando se extiende aún más.

Toda nuestra vida mental es un proceso de subjetivación del mundo circundante. En verdad, a fin de sobrevivir, nos adaptamos más o menos adecuadamente al medio geográfico y físico; mas vivimos sobre todo de acuerdo con nuestras propias teorías y valoraciones del mundo que nos rodea. Lo que percibimos lo engastamos en nuestra personalidad, y luego nos lo explicamos a nosotros mismos y lo explicamos a otros de acuerdo con nuestra naturaleza intelectual y emocional preexistente.

Considérese, si no, el caso del artista, ya que a él le está permitido hacer lo que todos nosotros hacemos inconscientemente. Dirige su atención hacia una situación específica, una faceta del paisaje, acaso, o una flaqueza humana. Cuanto percibe lo subjetiviza deliberadamente y lo carga de interpretación. Finalmente, lo proyecta hacia afuera en un cuadro o en un trabajo literario. Se da por descontado que el artista ha de *nivelar* lo inesencial, *acentuar* los caracteres que se propone revelar, y, al hacerlo, *asimilar* la multitud de sus propias normas de juicios que, va sin decir, proceden en parte de su formación cultural y en parte de su idiosincrasia.

Que poseamos o no talento, todos somos, psicológicamente hablando, artistas. El mundo de nuestras percepciones y el de nuestras expresiones se ven afectados ineluctablemente por lo que somos nosotros mismos.

Desde este punto de vista, el rumor es una vulgar obra de arte. Representa, pues, el engaste de una percepción en el contexto mental y en el mecanismo mental que tienen aprisionada a nuestra naturaleza. Lo que se ve u oye *debe* ser simplificado de acuerdo con el proceso economizador de la memoria; *debe* ser empapado de sentido, por cuanto nuestra dinámica mental está continuamente en busca de explicaciones para evitar la confusión en el ordenamiento de sus percepciones; el significado o sentido así adquirido habrá necesariamente de adecuarse a nuestra interpretación de la naturaleza y de la conducta humana. El proceso de



engastar el rumor que oímos en nuestras vidas no puede menos que afectar el carácter del rumor que transmitimos.

## ¿EL RUMOR NO ES NUNCA VERÍDICO?

Hemos llegado a un punto desde el cual podemos considerar la pregunta que tan a menudo hemos oído: "¿El rumor es invariablemente falso? ¿Nunca, en ninguna circunstancia, debemos creer un rumor?"

Hay, sin duda, una proposición de semántica en la pregunta. Si se define el rumor como algo que oímos de segunda mano, entonces es harto posible que algunas de las especies que llegan a nuestros oídos tengan visos de verdad. Pero cuando una tal especie resulta finalmente verídica, hallamos, por lo general, que las personas que han intervenido en la cadena del "rumor" han tenido a mano puntos de referencia para coleccionar la información. Están hablando de sucesos que conocen palmariamente o cuya veracidad han tenido ocasión de probar a lo largo del itinerario de su difusión. ¿Mas, podríamos llamar a una información así comprobada rumor?

En el prefacio proponíamos como la definición más útil considerar el rumor una "proposición para creer, de interés específico, sin medios probatorios seguros a mano para demostrarla". Esta definición ofrece la ventaja de distinguir netamente el rumor de la noticia. Aceptada esta definición, podemos agregar: son tan grandes las deformaciones derivantes del proceso de engaste (esto es, de la nivelación, la acentuación y la asimilación a los sentimientos personales) que nunca, en ninguna circunstancia, está exento de peligro el dejarnos guiar por el rumor en nuestras creencias y nuestra conducta.

Nos han demostrado los experimentos reproducidos en esta obra cuán aleatorias son aún las reproducciones de segunda y tercera mano obtenidas en condiciones de gabinete relativamente favorables. Los rumores de la vida diaria sufren probablemente desfiguraciones aún más drásticas.

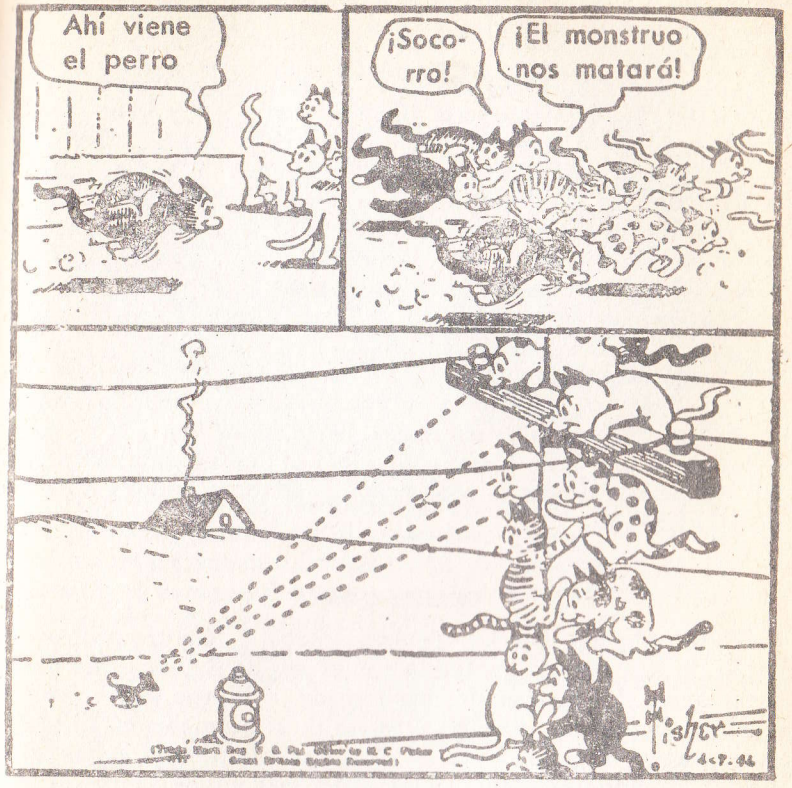
¿Mas, no podría ser que todo rumor, cualquiera que sea la definición aceptada, contenga su grano de verdad, y por tal razón no se le deba desechar totalmente? La verdad acerca de este "grano" es sencillamente la siguiente: casi todo rumor parte de una percepción de cierta clase; dando por supuesto que la percepción

# EL GATO CICERON

¡Si! para exagerada...

por BUD FISHER

la exageración.




sea conforme a la realidad exterior, entonces habrá ciertamente un punto de fiabilidad en la información del testigo ocular. Luego, según hemos echado de ver, el tema cardinal de un rumor es el hecho más renuente al cambio, y podemos creer, pues, en líneas generales, que la especie que nos traen tiene *algo* que ver con el incidente que pretende referirnos. No obstante, el nudo de la información objetiva se incrusta de tal manera en la vida mental

del agente portador y transmisor del rumor que la resultante no puede servirnos de guía para ninguna acción. El caso del espía japonés referido al comienzo de este capítulo era totalmente indigno de fe para todo fin práctico. Había deformado tan radicalmente el grano de verdad que contuviera al partir, hasta tornarlo inidentificable.

Hay, claro está, casos extremos, de historias circulares en el umbral del rumor, en que sería difícil afirmar si son o no un rumor. Es difícil definir lo que constituye una prueba segura, sobre todo cuando descansa en alguna sustancia fidedigna de acción subjetiva. Un grupo de estudiosos de las ciencias atómicas que discurren algún problema inherente a su especialidad no estarán, de acuerdo con nuestra definición, esparciendo un rumor, puesto que todos ellos poseen en su mente un tupido contexto de normas con las cuales colacionar la credibilidad de cuanto oyen. Y, no obstante, narraciones hechas aun en tan favorables condiciones podrían no estar enteramente libres del proceso de engaste. Mas sabemos que los científicos se mantienen continuamente en guardia contra peligros semejantes, pues les consta, harto mejor que a la mayoría de los legos, que si un hecho cualquiera se desliza en la matriz de sus esperanzas, deseos y preconceptos, se torna dudoso y ya no merece entera fe.

## EXAGERACIÓN

Todos sabemos que los rumores exageran. Nuestro análisis se ocupa de esta notoria tendencia con el auxilio del concepto de la acentuación. La esencia de una historia, o lo que algún oyente toma por su esencia, se realza a través de la acentuación. El rasgo característico de todo rumor es allegar una impresión homogénea de algo juzgado importante. ¿Qué mejor manera de comunicar esa impresión que haciéndolo a través del recurso retórico de la hipérbole? Si un hombre es atacado por un rencoroso, ¿por qué no decir que lo ha sido por un insano? O bien, si ha llevado la peor parte en el incidente, ¿por qué no decir que eran *tres* los atacantes, o toda una "*patota*"? Si alguien recibe un legado de cien mil pesos, ¿por qué no realzar la impresión de gran fortuna hablando de un millón? Si la seguridad territorial de los Estados Unidos de Norteamérica peligró en Pearl Harbour a causa de la pérdida de muchos barcos de guerra, ¿por qué no extremar el punto diciendo que toda la flota fue barrida de la superficie ese día? El significado emocional de la afirmación —vale decir, su propósito esencial— es el mismo con cifras exactas que con cifras exageradas, pero el valor expresivo es mayor si se lo traslada de un registro moderado a un do agudo.



La magnificación de cantidades es otra forma de exageración. Hemos visto en nuestros experimentos cómo la prominencia del negro en la figura 5 llevó, en ocasiones, a convertirlo en "cuatro negros", y las siete personas del tranvía subterráneo (figura 6) las hemos visto transformadas en la acostumbrada *aglomeración* del subterráneo. Es sumamente raro que una cantidad numérica disminuya en el itinerario de un rumor. Si vale la pena retener los detalles pluralizados, también se los considera merecedores de multiplicación.

Hay otras formas de multiplicación. Los motivos implícitos en una historia son generalmente ensalzados hasta un punto donde el sujeto principal se convierte en criatura de pasión. El inocente turista chino se transformó en siniestro espía. La nueva vecina cuyo niño llora a deshora es una bruja; los soldados de un campamento cercano, quizá ni mejores ni peores que la mayoría de los hombres se dedican al rapto y al pillaje. . .

Todo cuanto sea sustancial en la especie tenderá a acentuarse. Empero, particularidad realmente curiosa, se dan ocasionalmente exageraciones fortuitas que se magnifican al punto de invadir el centro del cuadro, y a veces eclipsar (nivelar) enteramente el tema original. En una experiencia, basada en la figura 1, un sujeto dijo que un circunstante estaba "levemente inclinado". El detalle hizo presa en la fantasía de los sucesivos relatores, fue cobrando énfasis en la narración, y la versión terminal, perdido de vista el accidente, se limitó a referir que había un hombre inclinado sobre otro, ¡a quien sostenía tomado por el torso! En esta forma, hay temas originales que se deforman enteramente a partir de una casual exageración de datos que en su origen eran lejanamente secundarios.

## ELABORACIÓN

Se supone a menudo que los rumores son adornados al pasarlos de boca en boca o que se agrandan como bola de nieve. El supuesto es inexacto. Aun cuando no faltan los muchos engastes

de razones y detalles circunstanciales, parece que estos actúan exclusivamente al servicio de la acentuación. La elaboración cuyo objeto no sea allegar mayor coherencia o mayor énfasis al asunto principal de la historia es rara, y nunca se ha dado en nuestras experiencias.

Ni Bartlett logra descubrir la elaboración ociosa, como simple adorno, en sus estudios de reproducciones hechas de memoria, fueran escritas o dibujadas. Se pregunta, empero, si en las transmisiones de boca en boca no habrá una tendencia más pronunciada a agregar una sobreestructura fantástica. Tal vez tenga en la mente el hecho indiscutido de que un buen narrador añade digresiones al relato con el fin de mantener el suspenso y aporta notas jocosas para el relleno de la historia. Pero este relleno rara vez perdura a lo largo de todo el itinerario del rumor. Aun dándose el hecho casual de que un narrador artista rellene su contenido, la tendencia general será siempre la pérdida de detalle. Por lo general, los rumores se contraen, se abrevian, van ganando en vigor, volviéndose a menudo aforísticos. La elaboración que sí tiene lugar, aunque paradójica, se verifica al servicio de la sencillez, buscándose en ella la acentuación del tema principal. La figura 2, tomada de una obra de Bartlett, destaca un tipo de elaboración en el cambio de los círculos, mas el "relator" no hacía sino *ensalzar* la sencillez sustancial de su propia concepción.

Hay quizá una condición en la cual la elaboración es realmente tal, aunque no sabemos que se haya realizado un estudio especial de esta posibilidad. Notamos a veces que después de un acontecimiento que ha sacudido fuertemente nuestro espíritu, ya sea un grave accidente o una crisis de familia, se plantea una fuerte "tendencia perseverativa". La gente hondamente afectada por el hecho reflexiona sobre el tema y lo discute desde todos los ángulos, interminablemente, explorando con la fantasía todas sus posibles consecuencias. A cada nuevo llegado agregan más detalles, importantes o no. Cuentan lo que pensaron desde el primer momento, reandan todos sus pasos y cuantos supuestos se les ocurren. Una fuerte persistencia emocional puede, por lo tanto, constituir la base para una auténtica elaboración en personas inmediatamente implicadas en un hecho desgraciado. Pero no es menos cierto que los relatores *subsiguientes* tenderán a acentuar y nivelar el rumor de modo tal que su curso denunciará una condensación más bien que una elaboración.



En este aspecto de la cuestión cabe hacer un estudio especial del desarrollo de las leyendas. Una saga no es breve. Las largas noches de los inviernos nórdicos rechazan la brevedad del relato, y alientan el relleno verbal. El fenómeno es aquí tal vez especial: un personaje central o grupo de personajes se convierten en punto focal hacia el cual confluyen variados rumores de orden semejante. La leyenda tornóse así en parte de una alegoría. Pretende ser más que una simple "proposición para creer", y por lo tanto, trasciende la categoría de simple rumor. Sin embargo, nos consta que hasta en los fragmentos dispersos del folklore mora una tendencia a seguir el curso aforístico del rumor. La anécdota de Jorge Washington y el cerezo es harto breve; y así la de Newton y la manzana. Aun cuando obraran móviles especiales para la elaboración en las leyendas, la tendencia hacia lo vigoroso y medular no está de ningún modo ausente.

Es probable que sean diferencias culturales las que influyan en la tendencia a abreviar y elaborar un cuento o leyenda. Bartlett menciona que, en sus experiencias, los sujetos hindúes estaban más propensos que los anglosajones a ampliar y adornar sus relatos. También se afirma que, en la China, los rumores crecen en dimensión a la vez que en sutileza. De ahí que la brevedad que hemos observado en los resultados de nuestra colección de experiencias sobre rumores podría provenir, en cierto grado, de la afición del norteamericano a la concisión.

## CONDENSACIÓN

Nuestra memoria es demasiado inestable para retener cada suceso, inviolado en su identidad, archivado, podríamos decir, para su consulta ulterior. La teoría que comparaba la memoria a un "depósito" ha tenido que ser desechada.

Lo que suele ocurrir es que un suceso, una vez experimentado, se mezcla con estados de conciencia similares anteriores, y forman en conjunto una memoria general. A todos nos ha ocurrido experimentar una sorpresa al descubrir el hecho de haber confundido a dos personas entre sí, o que un simple recuerdo de la infancia revive entretejido con otro episodio completamente distinto. Los sueños proporcionan ejemplos característicos de condensación: muchos fragmentos de estados de conciencia reales, experimentados en lugares y tiempos diferentes, se mezclan formando un

episodio fantástico cuya superlativa originalidad consiste en un fárrago de asociaciones curiosamente recombinadas.

Afirma Bartlett que, al menos en sus experiencias, ningún sujeto dejó jamás de confundir y fusionar lo que originalmente habían sido dos estímulos separados. En nuestro caso no empleamos muchos estímulos, pero hemos notado que en el proceso de asimilación se produce la fusión de diversas experiencias.

La moraleja que se deduce del rumor corriente es que la especie que nos pasan puede ser en realidad una mezcla de dos o más episodios similares. Sobre todo, los estereotipos podrían considerarse como una especie de condensación. Múltiples y variadas experiencias con miembros de un grupo social racial, religioso, etc., van a resumirse en una generalización despreciativa, que se aplicará luego a todos los miembros del grupo en cuestión. Un rumor que comience: "Había una vez un indio...", tiene ya casi definido el tema sobre el que versará. Se despierta, en efecto, un clisé preexistente que, a su vez, no representa sino una condensación de ideas ya sembradas por múltiples rumores y leyendas, de índole despreciativa, preexistentes.

Una forma especial de condensación es la que revela la singular preferencia que algunos individuos sienten por cierto tipo de cuento. Si ha de contarse un chiste grosero, entrará en él una mujer abundante del tipo de Mae West. El barón Munchausen, o Till Eulenspiegel, u otros personajes pasados y presentes sirven de vehículos a los chispazos del humor chabacano. La explicación de ello está en que un cuento asimilado a un personaje conocido gana en precisión y en intensidad de significado. El relator del cuento se servirá de cualquier artimaña que se le ocurra para infundirle vida y agudeza, haciéndolo concreto y personal.

## "CONVENCIONALIZACIÓN" (ADAPTACIÓN AL MEDIO)

Aunque todos tenemos nuestros "clisés", la mayoría nos vienen del medio social en que actuamos. A medida que el rumor circula, se desviste inevitablemente de sus galas idiosincráticas. Se explayará con palabras comunes para expresar ideas comunes. Vocabulario extraño al ambiente, sutilezas verbales, interpretaciones individuales, todo queda eliminado. Cuando son muchas las personas intervinientes en la difusión de un cuento, sobrevivirá de él únicamente el mínimo común denominador. El cuento desciende



en sencillez verbal al nivel del miembro menos instruido y con menos facilidad de expresión de la cadena de su transmisión.

En el incidente que pasamos a relatar destácase precisamente la "asimilación descendente" de las categorías lingüísticas. La señora de un diplomático está haciendo los preparativos para agasajar en su casa a un colega extranjero. Dice a su mucama que lo quiere todo "en el más perfecto orden, porque el ministro de Suecia vendrá a cenar". Al relatar el hecho a una amiga, la mucama le dice: "Dios mío, tuvieron al ministro a cenar y ni sacaron siquiera los cigarrillos de la mesa". La señora conocía cuando menos dos clases de "ministros"; la mucama, uno solo. La asimilación de lo oído de boca de su ama, siguió el único esquema lingüístico que poseía.

La criada de este cuento no sólo alteró el sentido de lo manifestado por su ama al amoldarlo a sus propias categorías verbales caseras, sino que le sumó una interpretación moral en función de sus propios valores que, por cierto, eran los del grupo social al que pertenecía. La "convencionalización" toma a menudo la forma de agregados ponderativos o acusatorios, conforme a los principios prevalecientes en el grupo por donde el rumor circula.

Bartlett trata aún otro caso importante de "convencionalización" en su triple proceso de percepción, retención y reproducción. Cita el ejemplo de un miembro de la tribu africana de Swazi que visitó Inglaterra. Al retornar entre los suyos, habló del trato amigable de los agentes que dirigen el tránsito en la ciudad de Londres. ¿Qué motivo tuvo para percibir en ellos una actitud amigable y declararlo así? Porque, explica Bartlett, el Swazi saluda levantando el brazo. Había aquí un ademán familiar, henchido de amistad, en un país extranjero. Era una de las pocas cosas vistas por el visitante que encajaba inmediatamente en su propio esquema social. El hecho había producido en él una impresión rápida y duradera.

Todos los rumores son susceptibles de tal asimilación cultural. Anota Bartlett que los sujetos hindúes que intervenían en sus pruebas, aparte de ser más propensos que los sujetos británicos a la acentuación del relato mediante el adorno y la elaboración, tendían a torcer su aspecto moral para adaptarlo al curso habitual de las fábulas hindúes.

De diferentes maneras, pues, la cultura consigue simplificar tanto como adornar un cuento. Valida de su poder de "convencio-

nalización", la cultura se convierte en una de las mayores determinantes del esquema básico de la deformación, siendo las demás aquellas tendencias inherentes a la percepción, a la retención y a la reproducción individuales, a las cuales hemos asignado hasta aquí la mayor parte de nuestra atención. En el capítulo siguiente consideraremos otros medios por los cuales el rumor se incorpora al medio social.



CAPÍTULO IX

# EL RUMOR Y LA SOCIEDAD

HASTA AQUÍ nos hemos ocupado preferentemente de los procesos por los que pasa el rumor en la mente del "agente del rumor". Mas el rumor, al igual que cualquier otra forma de discurso humano, es básicamente un fenómeno social. Un momento le vemos complacerse en salpicar con agudezas el ocio de la conversación; en otro, desencadenar torrentes de violencia. A veces, sólo unas personas; otras, son millones que oyen y transmiten la voz antes de agotarla y dejarla en paz. No es raro observar en un rumor un venero de variantes inagotables, que resurgen en sucesivos períodos de la historia. Y una de las variantes puede resultar tan eficaz que cristaliza en imperecedera leyenda. Mas ya sea de extensa o reducida difusión, breve o duradero en el tiempo, pacífico o devastador en sus efectos, el rumor existe en la urdimbre de cualquier cultura. Imaginar una sociedad sin rumores sería cerrar los ojos a la realidad.

## EL RUMOR Y LA HISTORIA

Los emperadores de la antigua Roma sentían esta plaga del rumor, y tanto que llegaron a nombrar *delatores*, cuya misión era la de mezclarse con la "gente de la calle" y llevar al palacio imperial la voz del pueblo. Los chismes del día se consideraban excelente barómetro de los sentimientos populares. Llegado el momento, los *delatores* se veían en la necesidad de lanzar una contraofensiva de rumores de su propia colección. ¡La guerra psicológica no es tan moderna!

El episodio del incendio de Roma en el año 64 de nuestra era nos proporciona un ejemplo interesante. Según el análisis que